



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

ESCUELA DE POSGRADO

**ACERCA DEL VÍNCULO TERAPÉUTICO CON ADOLESCENTES
MUJERES**

CIRCULARIDAD EN LA SEPARACIÓN-CONEXIÓN FEMENINA

Tesis para optar por el título de Magíster en Estudios Teóricos en
Psicoanálisis que presenta

JULIA VELAUCHAGA RAFFO

Asesora

Johanna Mendoza

Jurado

Johanna Mendoza

Pierina Traverso

Tesania Velasquez

LIMA-PERÚ
2010



Para Camila y Joaquín, mis hijos.

AGRADECIMIENTOS

A Johanna Mendoza por su comprometida asesoría, tanto a nivel de sus valiosas sugerencias, como de la firmeza en los plazos y sobre todo, por su cálido sostenimiento.

A Carla Mantilla, cuyas intervenciones precisas en distintos momentos del trayecto me permitieron darle una mayor consistencia a mi investigación.

A Moisés Lemlij, Max Hernández y Jorge Kantor, quienes con su entusiasmo e insistencia me motivaron a completar mi formación analítica con estudios en investigación teórica.

A Patricia Martínez quien me alentó al inicio de mi trabajo a creer en él y persistir.

A Elba Luján, amiga de tiempo atrás, quien con paciencia y cuidado leyó mis escritos permitiéndome hacer las correcciones necesarias.

RESUMEN

El objetivo de esta investigación es describir y explicar las particularidades del vínculo terapéutico entre una analista mujer y una adolescente a partir del estudio de la visión circular de los procesos de separación-individuación y de la visión bipolar del *self*, descritas por el modelo intersubjetivista de la mente. Benjamin (1997) subraya que ambos miembros de la díada viven la experiencia de reconocimiento del otro tanto como sujeto y como objeto simultáneamente. El otro es un igual con el cual identificarse promoviendo así las relaciones de mutualidad. Se darían oscilaciones continuas de re-visión o re-síntesis de representaciones del “*self-versus-la-madre*” y “*self-con-la-madre*” a largo de la vida (Bernstein, 2004). En tanto el vínculo estudiado se trata de mujeres, se toman aportes de la teoría de género y de las concepciones sobre femineidad sobre todo las referidas al vínculo primario maternal (Kristeva, 1980; Alizade, 1999, 1992, 1991; Irigaray 1988 y Montrelay, 1980). Estos aportes son integrados con propuestas sobre técnica y manejo del vínculo terapéutico sugeridas por Raphael-Leff (1997) y Perelberg (1997). Se subraya la importancia de la articulación y alternancia entre formas de comunicación primaria, no-verbal y otras, elaboradas o verbales para la construcción de un proceso de reconocimiento mutuo en el espacio terapéutico intersubjetivo (Person, 2007). Esta articulación facilita la expresión de conductas paradójales, la manifestación de diferencias, la afirmación de identificaciones, y constituye una visión alternativa al tratamiento de adolescentes mujeres que promueve la separación con conexión a través de la contención.

Palabras clave: Adolescencia, separación-conexión, individuación, diferenciación, *self-con-la-madre*, *self-versus-la-madre*, escuela relacional, espacio intersubjetivo, reconocimiento, identificación, mutualidad, transferencia, vínculo terapéutico analista mujer - adolescente mujer, género, expresión de conductas paradójales.

ABSTRACT

The aim of this research is to describe and explain the particularities of the therapeutic relationship between a female analyst and an adolescent departing from the study of a circular vision of individuation –separation processes and the bipolar vision of *self* which have been described by the intersubjective model of mind. Benjamin (1997) emphasizes that both members of the dyad live the experience of recognizing the other as a subject and object simultaneously. The other is an equal that you can identify with promoting mutuality relationships. Continuous oscillations of re-vision or re-synthesis of “*self vs. mother*” and “*self with the mother*” representations could take place along life (Berenstein, 2004). As we are studying a relationship between women, we review the gender theory and femininity conceptions, mostly the ones referring to the primary maternal bonding (Kristeva, 1980; Alizade, 1999, 1992, 1991; Irigaray 1988 and Montrelay, 1980). These contributions are integrated with proposals referred to the technique and the ways to handle the therapeutic relationship suggested by Raphael-Leff (1997) and Perelberg (1997). We underline the importance of the articulation between primary, non-verbal and other communication forms, verbal or elaborated for the construction of a mutual recognition in the intersubjective therapeutic space (Person, 2007). This articulation facilitates the expression of paradoxical behaviors, the manifestation of differences, the affirmation of identifications and constitutes an alternative vision of the treatment of female adolescents that promotes a separation-connection from holding.

Key words: adolescence, separation-connection, individuation, differentiation, self vs. mother, self with the mother, relational school, intersubjective space, recognition, identification, mutuality, transference, female analyst – female adolescent therapeutic relationship, genre, paradoxical behavior expression.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	i
CAPÍTULO I: La subjetividad femenina en el psicoanálisis contemporáneo	8
1.1 La matriz corporal: Cuerpo a cuerpo con la madre	9
1.2 Ciclo vital femenino: Crisis del desarrollo y reapertura de heridas.	12
1.3 El representante pulsional en el contexto del vínculo: reconociendo al semejante	13
CAPÍTULO II: Puntualizaciones teóricas sobre la adolescencia en la joven	16
2.1 Cambios en el cuerpo: una nueva imagen de sí	17
2.2 El cuerpo sexual adulto y la relación con la madre.	18
2.3 Cambios en el Self: Desidealización de sí y del objeto	19
2.4 Procesos de separación y conexión en el vínculo madre-hija	22
2.5 Preocupación y <i>concern</i> por la agresión hacia la madre	25
2.6 Mutualidad	27
2.7 El amor erótico de la joven por su madre y por su padre	29
CAPÍTULO III: El proceso terapéutico con la adolescente: algunas precisiones técnicas	32
3.1 La teoría en la práctica clínica	32
3.2 Los efectos del género del analista en la transferencia	33
3.3 La relación terapéutica analista mujer / adolescente mujer	37
3.4 La imagen del cuerpo sexuado de la adolescente en el vínculo terapéutico	38
3.5 Del continente materno al espacio compartido	40
CAPITULO IV: Reflexiones finales acerca del reconocimiento en el vínculo y el espacio compartido.	44
CONCLUSIONES	51
Referencias	53

“aquí me tienes como siempre
dispuesta a la sorpresa
de tus pasos
a todas las primaveras que inventas
y destruyes
a tenderme – nada infinita –
sobre el mundo
hierba ceniza peste fuego
a lo que quieras por una mirada tuya
que ilumine mis restos
porque así es este amor
que nada comprende
y nada puede”



Blanca Varela
Casa de Cuervos

INTRODUCCIÓN

Los procesos de separación-individuación son centrales en nuestra vida, moldean nuestra identidad y nuestros vínculos, determinan nuestra forma de ser y de existir. Además se repiten a lo largo de la vida e influyen de manera determinante en nuestras posibilidades de desarrollo. Sin embargo, sus fallas o complicaciones pueden llevar a diversos resultados, sean estos patológicos o mal adaptativos. Mi interés en el presente trabajo de investigación es explorar las particularidades de estos procesos en la mujer teniendo como eje de análisis el vínculo de la hija adolescente con su madre.

En el psicoanálisis clásico el tema de separación-individuación fue visto fundamentalmente como un logro para el desarrollo, puso énfasis en la separación y el cambio de objeto: de la madre hacia el padre, de lo pre-edípico a lo edípico, reflejando así una visión lineal, así mismo este proceso se consideró solo desde el punto de vista del infante, no incluyó lo que sucede en la madre (Mahler; 1975). En la actualidad sabemos que se trata de un vínculo primario, que se reedita en la adolescencia, que es central en la construcción de la subjetividad y que facilita la creación de una matriz de sostenimiento afectivo que posibilita la individuación necesaria para el desarrollo.

En las últimas décadas observamos numerosos estudios que han profundizado en el tema de la adolescencia femenina (Alizade, 1991, 1992a, 1992b; Benjamin, 1997; Bernstein, 2004; Blos, 1971; Chodorow, 1978; 1999; Dahl, 1995; Furman, 1996; Holtzman & Kulish, 2003, 2000a, 2000b; Laufer, 1997a y 1997b). Todos ellos coinciden en señalar que se trata de un momento evolutivo de tránsito hacia la separación, y son los avatares de la lucha por la identidad los que se expresan en esta maraña de contradicciones afectivas.

Sin embargo, los nuevos aportes del psicoanálisis contemporáneo, a través de postulados como los de la escuela intersubjetiva por ejemplo, dejan de lado la visión lineal del desarrollo para acceder a una *circularidad*. Destacan que se trata de un proceso que no tiene fin, que se repite en diversos momentos de nuestra vida, en el cual ambos miembros de la diada viven la separación desde los dos roles, como sujeto y objeto simultáneamente.

En esta línea los aportes de J. Benjamin (1997), se orienta a subrayar la relación sujeto-sujeto y no la relación sujeto-objeto, como sucede con la visión clásica; en otras palabras, reconocer al otro como un igual, que puede irse o volver, que no es

“mi objeto” sino un ser distinto a “mi fantasía”, que tiene autonomía y busca independizarse. Se destaca la experiencia de ser reconocido y reconocer al otro. De esta manera resulta posible tomarlo como un otro con el cual identificarse.

La madre sería entendida no solo como un objeto al que hay que dejar sino como un sujeto igual, modelo de identificación. De este modo se estaría promoviendo el encuentro intersubjetivo y las relaciones de mutualidad más que de complementariedad. Al decir de Benjamin (1997), sería la posibilidad de encontrar una afirmación en el cambio y la separación del primer objeto de amor e identificación. Separarse de la madre destacaría no solo las referencias a fijaciones, detenciones o repeticiones, además de sentimientos “negativos” de envidia y hostilidad, sino que marcaría la posibilidad de experimentar sentimientos “positivos” en el encuentro con un otro semejante. Pensarlo de esta manera, nos permitiría también considerar el propio proceso de separación que vive la madre al revivir con su hija las angustias de su propio proceso, siendo a la vez contención de ésta.

La concepción sujeto-sujeto implica una perspectiva intersubjetiva, según la cual los procesos de separación se facilitarían mediante la identificación y la aceptación de una “tensión constante entre reconocer al otro y afirmar el sí-mismo” (Benjamin, op. cit., pp. 69); es decir reconocer las necesidades del otro a la vez que afirmar las propias. La madre tanto como sujeto y como objeto está allí para ser usada. Benjamin (1997) no descarta ni opone los postulados del psicoanálisis clásico, más bien utiliza una perspectiva deliberadamente doble para abarcar la dualidad de la vida psíquica explorando los procesos de separación-individuación durante la infancia.

Autores que toman postulados de la teoría intersubjetiva y la aplican al estudio de la adolescencia, como Rodolfo (2004) o Bernstein (2004), enfatizan una visión circular o de ciclo de la vida. Para ellos no se trataría de alcanzar una separación sino una autonomía y una conexión. En este sentido aplicar el modelo masculino a lo femenino o hablar de Complejo de Edipo femenino sería engañoso. Nuevas interpretaciones se proponen para describir los conflictos en la situación triangular, como lo hacen Holtzman & Kulish (2000a, 2000b y 2003) a partir del trabajo de H.P. Foley (1994) y su lectura del mito de Perséfone y su madre, planteado como una descripción más cercana de lo que sucede en la mujer.

Estos autores conciben el proceso de separación e individuación como algo circular, a lo cual se vuelve, en términos generales, una y otra vez. Esto nos permite ampliar nuestra comprensión de estos procesos dejando de lado una tendencia a

patologizar o infantilizar la ligazón madre-hija. Asimismo, se malentiende la expresión de los sentimientos más agresivos y se malinterpreta la pasión sexual y la intensa ambivalencia existente. El considerarlos como oscilaciones continuas de re-visión o re-síntesis de representaciones del “*self-versus-la-madre*” y “*self-con-la-madre*” a largo de la vida (Bernstein, 2004) nos permite una visión más consistente con un modelo contemporáneo del desarrollo y la feminidad.

Del mismo modo, Dahl (1989, 1995) señala que este proceso psíquico de integración del lazo con la madre con los aspectos del *self* nunca es completado. Más bien la marca de la organización psíquica femenina reside en la capacidad de la hija y de la madre de permitirse continuas reverberaciones de su vínculo en un diálogo intrapsíquico entre las dos.

Por otro lado, Benjamin (1995) especifica que no es la omnipotencia (infantil y materna) la que impide el reconocimiento de la madre como un otro o un igual. Más bien, es la fractura de la tensión entre las necesidades de la madre como objeto y las necesidades de la madre como igual, lo que impediría dicho reconocimiento.

Asimismo es importante destacar que, en tanto se trata de una relación entre mujeres, los factores relacionados con la feminidad son centrales. En este sentido, los aportes de la teoría de género y las concepciones sobre feminidad pueden ayudar a la comprensión de este vínculo y de sus implicancias en el proceso de separación e individuación. En el caso de la joven adolescente, este proceso tomará los matices propios de su feminidad en formación y estará anclado en el vínculo temprano con la madre. En la teoría psicoanalítica dichos temas han sido centrales en la discusión sobre el Edipo, la castración, la conformación de la identidad y la sexualidad femenina. Sabemos que algunas de las tempranas postulaciones de Freud al respecto (1901, 1905, 1908, 1920, 1925 y 1937) han sido cuestionadas, y se han buscado explicaciones más satisfactorias que incluyan especialmente el vínculo pre-edípico (Alizade, 1991, 1992^a, 1992^b, 1999; Benjamin, 1998; Chasseguet-Smirguel, 1964, 1999; Horney, 1924; Jones, 1927; Klein, 1930, 1945, 1957; Klein, 1930, 1945, 1957; Kristeva, 2000; Meltzer, 1998; Riviére, 1967; Welldon, 1988, 1994; Winnicott, 1956, 1969).

De manera similar, Raphael-Leff (1997) y Perelberg (1997) toman en consideración estos reparos a la visión clásica de la subjetividad femenina y desarrollan importantes propuestas para la técnica y el manejo del vínculo terapéutico. Ellas integran la centralidad del vínculo primario maternal y el sesgo cultural que cada

analista lleva consigo de manera consciente como inconsciente. En este punto es también relevante considerar los planteamientos que subrayan las vivencias tempranas en el vínculo con la madre que permiten la experiencia de interioridad, la construcción de una matriz sensorial afectiva o de la *Jorá Semiótica* (Kristeva, 1980; Alizade, 1999, 1992, 1991; Irigaray 1988 y Montrelay, 1980). Consideran que estas experiencias se articularán en el vínculo analítico con formas de comunicación más elaborada, simbólica y verbal. La alternancia entre ambas formas de comunicación es fundamental para la construcción de un proceso de reconocimiento mutuo en el espacio terapéutico intersubjetivo (Person, 2007); facilita la manifestación de diferencias y la afirmación de identificaciones, y constituye así una visión alternativa que promueve la separación con conexión a través de la contención.

Hemos mencionado que en este trabajo nos interesa particularmente investigar la visión de circularidad en lo que se refiere a la comprensión del vínculo transferencial dentro de un proceso analítico con adolescentes. Su estudio nos permitiría reflexionar sobre aspectos de la teoría de la técnica así como precisar particularidades. En este sentido, buscamos contribuir a la comprensión y consideración de las dificultades inherentes al trabajo clínico con estas pacientes (impasses, interrupciones prematuras, etcétera). Nuestro interés es actualizar e integrar temas de la teoría de la técnica a la luz de los aportes actuales que no van paralelos a las propuestas clásicas, como son los aportes desde la cultura, el género o la visión intersubjetiva (Raphael-Leff, 1997; Perelberg, 1997). Consideramos que un estudio sobre el vínculo paciente-analista, particularmente el de una analista con una paciente adolescente, a la luz de estos aportes puede permitirnos enfocar de manera diferente los temas de separación-individuación que se dan en la transferencia y facilitar una adecuada terminación de los procesos terapéuticos.

Como sabemos, en la adolescencia los problemas madre-hija se dan cuando no hay un reconocimiento del mundo subjetivo de la otra (bien sea la madre o la hija) Por ejemplo, cuando la madre no tolera la agresión o la afirmación de la hija, quedan atrapadas en una relación de dominio y control entre una y otra. A decir de Benjamin (1997), cuando además, la relación con el padre no ofrece a la hija la posibilidad de identificación con un ser “deseante”.

Desde la madre, la vivencia de este proceso de separación-individuación entre ella y su hija tendrá los matices de su propio proceso de separación y los logros que ella alcanzó en la construcción de una identidad diferenciada. Es interesante destacar que Dahl (1989, 1995) describe esta característica particular de la maternidad como un

“estar allí para ser dejada”, aludiendo a los sentimientos de pérdida y de compromiso del balance narcisista implicados en este proceso. Por lo tanto, éste tiende a ser vivido con ansiedad y remite a permanentes elaboraciones de duelo que se repetirán en cada escalón del desarrollo de la mujer. En momentos de necesidad, sea en pensamiento o acción, la mujer volverá a su madre, bien sea para compararse con ella como rival o para utilizarla como modelo ideal, con mayor o con menor empatía, aceptando ser una con la madre para lograr tranquilizarse y luego volver a separarse.

Aproximarnos al vínculo madre-hija adolescente nos permitirá ver en qué se apoya este retorno, esta circularidad que hemos señalado (Bernstein, 2004; Dahl, 1989, 1995; Holtzman, D. & Kulish, N. 2000, 2003). Por otro lado, si se entiende de esta manera el vínculo madre-hija, los terapeutas -en esta investigación específicamente las analistas mujeres- podrán “destrabarse” de una visión lineal y de una interpretación que acentúe lo regresivo de la lucha interminable de la hija con su madre, para pensar dicho vínculo más bien como vía de exploración al servicio de un desarrollo progresivo que lleve a la hija a una comprensión cada vez más integrada y compleja de sí misma y de sus conflictos internos.

Por lo antes señalado nos proponemos desarrollar una investigación teórica que se centre en el estudio del proceso de separación-individuación madre/hija durante la adolescencia. Tomaremos el punto de vista del vínculo entre ambas, para luego, partiendo de este modelo, ingresar a una revisión sobre la experiencia clínica psicoanalítica y concluir con algunas sugerencias técnicas que implementen estos aportes.

El objetivo de nuestra investigación es describir y explicar las particularidades del vínculo terapéutico de analistas mujeres en su trabajo con adolescentes mujeres a partir del estudio de la visión circular de los procesos de separación-individuación en la adolescente mujer y de la visión bipolar del *self*, descritas por el modelo intersubjetivista de la mente.

La relevancia del tema radica en los aportes que puede proporcionarnos al trabajo clínico en particular y a la orientación preventiva en general. En nuestra práctica clínica encontramos que las dificultades en el vínculo madre-hija especialmente referidas a la búsqueda de diferenciación y separación son temas recurrentes, más allá de la patología específica. El esclarecimiento de aquellos factores o indicadores en el vínculo “normal” madre-hija adolescente puede ayudarnos a comprender mejor esta dinámica, usualmente distorsionada por la patología en las

pacientes que asisten a consulta. Así mismo puede permitirnos manejar más claramente un proceso complejo pero normal sin atribuirle un sesgo patológico.

Creemos también que puede servir de guía para los padres pues las nuevas exigencias sociales no les permiten apoyarse en modelos pasados, ni siquiera en los que ellos mismos experimentaron durante su adolescencia. Las madres y los padres son agentes terapéuticos naturales y muchos de ellos utilizan de manera intuitiva recursos que convendría esclarecer y subrayar para prevenir fijaciones patológicas mayores.

Para responder a la pregunta de investigación, es decir la consideración de la integración de las propuestas teóricas psicoanalíticas contemporáneas en la técnica entre analistas mujeres y pacientes adolescentes mujeres, desarrollaré en el primer capítulo la construcción de la subjetividad en la mujer considerando las contribuciones actuales. Incidiré en los temas concernientes al vínculo materno, la matriz corporal primaria y los aportes de la escuela intersubjetiva sobre el reconocimiento y la mutualidad.

En el segundo capítulo trataré la adolescencia en la joven desarrollando especialmente los temas de cambio: el nuevo cuerpo sexual adulto, la reorganización del *self* y sus efectos en la desidealización del sí mismo y del objeto. En lo concerniente al vínculo con la madre me extenderé en los tópicos de separación con conexión, agresión en el vínculo, desarrollo de la preocupación por el otro y experiencia de mutualidad. Asimismo desplegaré el tema del amor erótico de la joven tanto por su madre como por su padre.

En el tercer capítulo plantearé los aportes de estas propuestas del psicoanálisis contemporáneo a la técnica analítica con adolescentes mujeres. De manera especial discutiremos la relación terapéutica entre una analista mujer y su paciente adolescente mujer, así como los efectos del género del analista en la transferencia. Finalmente tomaremos dos temas de interés que hemos revisado a lo largo de toda la investigación: la imagen del cuerpo sexuado en el vínculo terapéutico y la posibilidad de transformación del continente materno en un espacio potencial de creatividad compartida. De manera especial incidiré en la particularidad de tratarse de dos mentes diferentes pero a la vez semejantes que participan de un mismo proceso desde roles distintos.

Plantearé en el cuarto capítulo las reflexiones finales acerca del vínculo terapéutico en el trabajo con adolescentes mujeres y finalizaré con un resumen de las conclusiones a las que arribamos.



CAPÍTULO I

La subjetividad femenina en el Psicoanálisis contemporáneo

Fue S. Freud (1914b) quien señaló en “Historia del Movimiento Psicoanalítico” cuales eran los principios distintivos en los que se basaría la disciplina psicoanalítica. Entre ellos, el inconsciente y la sexualidad son dos de los temas que han sido largamente investigados. Y como lo demuestran los diferentes debates científicos y la extensa literatura, el tema de la subjetividad femenina ha sido uno de los que generó mayor interés y novedosas propuestas, indicadores de la permanente reflexión sobre el particular.

Desde la audaz propuesta formulada en “Tres ensayos para una teoría sexual” (Freud, 1905) y luego con artículos más específicos sobre la sexualidad femenina (Freud, 1901, 1908, 1920, 1925 y 1937) mostró Freud su preocupación por conocer qué era lo esencialmente femenino y masculino entendidos como construcciones psicológicas que se desarrollan tomando como punto de partida el sexo biológico.

Hoy en día el avance de las ciencias nos permite ampliar nuestros conocimientos sobre lo masculino y lo femenino. Así por ejemplo investigaciones en neurociencias y biología (Cahill, 2005) sustentan que existen diferencias innatas entre el cerebro de hombres y mujeres determinadas desde el útero, dichas diferencias no estarían sujetas a la influencia de la socialización.

Sin embargo la indagación y discusión de cómo se va conformando la masculinidad y feminidad planteada desde la especificidad de nuestro paradigma, aporta un entendimiento particular: la dualidad mente-cuerpo. Esta presente desde la propuesta freudiana y es expresión de una tensión inherente al problema que debe mantenerse para lograr captar las particularidades de estas dimensiones (femenino y masculino). Es decir la “bifocalidad” evidencia la centralidad del problema: Mente y cuerpo, biología y psicología están en una tensión constante que se concretiza de manera particular en el debate sobre la subjetividad femenina (Breen, 1993).

En el caso de la niña, la perspectiva dual se expresaría en que su cuerpo es su destino, pero su psicosexualidad no es un paralelo de su destino biológico (Breen, 1993). Mientras que lo biológico es fácil de asir, lo psicológico se desvanece porque las dos perspectivas no se superponen ni se corresponden totalmente.

Las históricas controversias de los años veinte y sesenta sobre la sexualidad femenina nos dejaron un fructífero camino recorrido y coincidencias de las cuales ahora partimos: la niña atraviesa una larga y complicada ruta de vinculación con su

madre antes de entrar al Edipo. Esta fase es considerada tan decisiva y central que su descubrimiento fue comparado con el de la cultura minoico-micénica tras la cultura griega (Freud, 1931). En este periodo pre-edípico el vínculo primario con la madre tiene una dinámica central para la estructuración del psiquismo femenino, bien sea desde las propuestas del psicoanálisis con tradición anglosajona cercanas a una visión de desarrollo y a lo biológico; o desde el psicoanálisis francés con una tradición filosófica estructuralista. Dentro de este último podemos mencionar a Jacques Lacan, quien haciendo uso del estructuralismo lingüístico, insistió en considerar la metáfora de “ley del falo” y la castración como centrales y estructurantes de la personalidad del individuo (Breen, 1983). Su propuesta buscaba el retorno al Freud de los inicios, desbiologizar la construcción del sujeto y centrarlo en una lógica de referencia al “Otro”.

Un poco más adelante, surgieron los aportes de la teoría de género planteada por Stoller (1976a y 1976b), Money (1965) y Kleeman (1976) quienes plantearon la *identidad nuclear de género* como la autodesignación por el niño o niña como hombre o mujer de acuerdo al sexo asignado y a la crianza. Las identificaciones serían diferentes para cada sexo, influyen los atributos de masculinidad/feminidad y están operativas en las fantasías pre-edípicas. Aprendiendo su género e identificándose con el “apropiado” padre el niño llega al periodo edípico. De allí que se afirmó que el género nuclear se consolida antes que la fase fálica y que el conocimiento de la distinción anatómica entre los sexos. En este sentido, el género precede la sexualidad en desarrollo y la organiza, no al revés (Person & Ovesey, 1983). Todas estas propuestas ampliaron el entendimiento de la mujer dándole un rol particular a lo oral, anal y a la maternidad en su psicología, dejando en claro que la subjetividad femenina tiene sus propias especificidades. De allí en adelante las propuestas del psicoanálisis contemporáneo considerarán dichas reflexiones.

1.1 La matriz corporal: *Cuerpo a cuerpo con la madre*

Tomando como base estas propuestas iniciales surgieron posteriormente reflexiones entre las que queremos mencionar a Michel Montrelay (1990) y Luce Irigaray (1988) (citadas por Breen, 1983)¹. Ellos retoman los aportes lacanianos pero le asignan a la feminidad un origen previo al lenguaje, por lo tanto previo al Edipo y a la castración. Para ellos, las experiencias tempranas madre-bebé relacionadas con la contención, el *rêverie* y la intuición son básicamente femeninas. Si bien son duales no excluyen lo triangular, ya que el padre está presente en la mente de la madre. Son

¹ Más adelante se sumará el planteamiento particular de Julia Kristeva (1980, 1987) quien excede los planteamientos clásicos de Lacan.

experiencias que están asociadas con una “interioridad”, (Alizade, 1999; Breen, 1983; Kristeva, 1980) refiriéndose con esto tanto al interior de un cuerpo como a pensamientos internos, espacio interno, continente y contenidos, experiencia de sostenimiento. Dichas experiencias, vividas en la relación más temprana piel a piel con la madre, son consideradas femeninas y con una representación basada en la internalización de la sensación de sostenimiento. En el caso de la mujer, sostiene Irigaray, ésta tiene una relación directa y no simbolizada con la madre:

(...) la niña tiene a su madre, en cierto sentido, en la piel, en la humedad de las membranas mucosas, en la intimidad de sus partes más íntimas, en el misterio de la relación con la gestación, nacimiento e identidad sexual (Breen, 1983, pp.21)

Mariam Alizade (1991, 1992, 1999) retoma el tema a través de la conceptualización del cuerpo en las distintas etapas del desarrollo de la mujer y plantea propuestas sobre la finalización del complejo de Edipo. Hace hincapié en la importancia de la materialidad del cuerpo, de su carnalidad para la estructuración psíquica (Alizade, 1999). El cuerpo sería la masa orgánica sensitivo-perceptiva sobre la cual se inscribe la sensualidad. Esta matriz sensorial-afectiva es la sede del primer núcleo organizador psíquico y acompaña las etapas evolutivas de la sexualidad y del Yo. El cuerpo sensual es un cuerpo vivencial y experiencial que integra las sensaciones con engramas propioceptivos² que posteriormente se enlazaran con lo representacional. Por lo tanto, es anterior a la palabra, abarca las somatizaciones y constituye el escenario vincular del psique-soma. De esta manera, el sentir del cuerpo será base del sentido del ser y preámbulo del Yo-piel. Sin embargo este proto-afecto necesita de un otro como protector, garante de la autoconservación psíquica. La sensualidad requeriría para su integración de cuidados, caricias, palabras e intercambios deseantes. Se trataría de un “cuerpo a cuerpo” interpersonal cuya sensualidad conlleva un matiz de vulnerabilidad y posee un carácter feminizante.

Coincidiendo con los anteriores planteamientos, J. Kristeva (1980) subraya la importancia de los primeros intercambios con el cuerpo de la madre como base de la constitución de la subjetividad femenina y de las huellas psíquicas inconscientes estructurantes del desarrollo. Estos intercambios físicos favorecen un nivel de fusión

² Se entiende por engrama neuronal la actividad nerviosa de propagación de impulsos químico-eléctricos que se distribuyen en módulos, conectados entre sí. Las redes neuronales establecen sistemas aferentes-eferentes inconscientes y mecánicos; pero son también el soporte físico-biológico de la experiencia psíquica del qualia. Esta idea del cerebro como red de propagación de energía por interacción de engramas debe ser un factor decisivo en la teoría de la mente. Monserrat (2001).

indispensable con la madre a partir del cual pueden emerger las primeras representaciones que le atribuyen significado a la experiencia.

Denominando a esta experiencia (espacio, momento, estructura) “Jorá Semiótica”, Kristeva (1980) alude al espacio psicosomático de puro goce durante el cual el bebé desplaza y condensa su energía a través de gritos, murmullos, ritmos, etc. de quien más tarde se transformará en sujeto, la madre. Coincide con Alizade e Irigaray, en que se trata de una experiencia que corresponde a un nivel de proceso primario, de lo innombrable y que precede al orden simbólico. Asimismo, es anterior al padre, al signo y al lenguaje. Se trataría de una matriz pre-verbal conformada por fuerzas pulsionales en movimiento placentero y continuo pero a la vez reglamentado, en la que va constituyéndose el significado. Sería una experiencia de intercambio con la madre, quien a través de la expresión de sus capacidades de contención, favorecería la inscripción psíquica de la plenitud en la experiencia fusional.

Nuevamente los aportes nos vuelven a llevar a la consideración del cuerpo participante de un vínculo aún no simbolizado con el cuerpo de la madre. Nos preguntamos, junto con Irigaray, cuál es el papel que cumple el “cuerpo primario” en la estructuración del inconsciente en la mujer; o ¿de qué manera la relación que se da en la Jorá Semiótica antecede la posibilidad de inscripción simbólica, siguiendo los aportes de Kristeva? Y tal vez, parafraseando a Person, diríamos ¿cuál es el papel que cumple este cuerpo femenino en la estructuración de la identidad genérica?

Para los objetivos de nuestro trabajo nos interesa además, considerar cómo juega esta sensualidad primaria inicial en el proceso de desarrollo y maduración psíquica. La sensualidad se iría resignificando en las diferentes etapas de la vida, siendo fundamental para esta resignificación y re-semantización los momentos de cambio y metamorfosis como la pubertad, las experiencias amorosas, la maternidad y las crisis de la vida (Alizade, 1999). Dependerá de la historia previa de cada sujeto y de la capacidad que haya podido lograr para sustituir el primitivo apego cuerpo a cuerpo necesario durante los primeros meses, por equivalentes de los mismos en el pensamiento y en la acción. Es así como el “cuerpo a cuerpo” interpersonal de la vida adulta adquiere una condición relevante convirtiéndose en un poderoso estabilizador o desestabilizador psíquico.

Kristeva (1987) postula que para lograr la autonomía y la posibilidad de advenir como sujeto, es decir, resolver la experiencia fusional con la madre, la mujer debe realizar una violenta *abyección*, un rechazo de los aspectos asfixiantes, engullidores que la simbiosis y la dependencia con la madre representan. La sexualidad femenina

sería desde esta perspectiva una sexualidad melancólica que no puede explicarse completamente en términos de las nociones de la madre fálica o madre castrada. Se trataría de una violenta separación mediante la cual un cuerpo se separa de otro, delimitando el espacio a partir del cual se inicia el adventimiento del sujeto. La *abyección* se daría en base a una represión “primaria”, pues opera antes del surgimiento del Yo, de sus objetos y sus representaciones. Lo melancólico de su observación alude a la imposibilidad de la niña de *abyectar* el cuerpo de la madre sin *abyectarse* a sí-misma. Se trataría no solo del destete de un cuerpo sino de un continente que abarcaba/contenía sus necesidades. Por lo tanto representa un momento de pérdida extremadamente difícil y sin compensación.

Para separarse del cuerpo de su madre, la mujer debe separarse de sí misma, identificarse con un cuerpo materno *abyecto*, y cargar este “corpse” en la cripta de su psique (Kristeva, 1987). En tanto que su madre es su primer objeto de amor esta sexualidad primaria homosexual de la niña queda reprimida y a diferencia del hombre, no llega a reencontrar fácilmente el amparo de la relación con la madre en la relación amorosa y tierna con el hombre. De esta manera, la mujer quedaría privada de la ternura materna, mientras que el hombre sí encontraría un tipo de relación maternal en la ternura y contención de su pareja femenina.

1.2 Ciclo vital femenino: Crisis del desarrollo y reapertura de heridas.

Al llamar la atención sobre la importancia teórica de la sensualidad, la polaridad tocar/ser tocado adquiere nivel potencial estructurante para el aparato psíquico (Alizade, 1999). De esta manera, las heridas sensual-afectivas que se recubren durante el desarrollo de representaciones pueden reabrirse ante factores desencadenantes o avatares del crecimiento psíquico, dando lugar a diferentes patologías. De manera similar, señala Kristeva (1980) la Jorá semiótica eventualmente podría irrumpir en el lenguaje ya constituido, cortando el significado a través de lo pulsional, en términos de contradicciones que subvierten el sentido del lenguaje.

Considerar de esta manera el cuerpo primario femenino, nos permite entender la amenaza de aniquilación psíquica que podría significar para una mujer la separación con la madre en distintas etapas del ciclo vital, como sucede en la adolescencia. Nos permite también comprender la necesidad de recurrir a defensas tan intensas como ciertas homosexualidades, desórdenes alimenticios o las patologías psicosomáticas, entre otras.

Volvemos nuevamente a la riqueza de la bifocalidad del pensamiento Freudiano en cuanto a la relación mente-cuerpo. El cuerpo cuenta, pero no es sólo el

cuerpo. Se trata de una teoría de la co-presencia entre el desarrollo del pensamiento y de la sexualidad (Kristeva, 1998). Para Freud siempre se trata de una representación de cuerpo. Si es así, podríamos pensar que la feminidad incluye tanto una representación de la falta (castración simbólica, no biológica) pero también una representación de una interioridad que busca una receptividad y que está ligada a la atracción heterosexual (Breen, 1983). En este punto encontramos que trabajar las experiencias ligadas al cuerpo femenino en distintos momentos del ciclo de la vida de la mujer, como es la adolescencia, puede aportar luces a la comprensión de la construcción de la subjetividad femenina e integrarla en el trabajo psicoanalítico. La escucha bifronte pensamiento-sexualidad que se descubre en el corazón de una experiencia analítica, lejos de biologizar la esencia humana centra el estudio en esta dependencia biunívoca y en sus componentes básicos, los representantes pulsionales y los procesos primarios irreductibles ambos a una comunicación lingüística consciente (Kristeva, 1998). Además, nos sitúa directamente en la importancia de la consideración del vínculo afectivo y relacional para la construcción de la subjetividad.

1.3 El representante pulsional en el contexto del vínculo: reconociendo al semejante

La Escuela Relacional o Intersubjetiva, plantea que todos los significados se producen en la relación, estamos conformados por una matriz de relaciones con los demás en la cual estamos inscriptos, luchando simultáneamente por conservar nuestros lazos con los demás y por diferenciarnos de ellos. La mente está compuesta de configuraciones relacionales (Stephen Mitchell, 1993). El inconsciente dinámico no se encontraría solamente en los derivados pulsionales reprimidos, sino en los estados afectivos que fueron tapados defensivamente por falta de responsividad empática en la infancia. Son estos esquemas y no un *self* en aislamiento, lo que se repetirá en el vínculo analítico buscando una transformación de sus representaciones internas.

Así mismo Jessica Benjamin (1995) considera que el proceso analítico debe operar con un modelo dual, en donde el encuentro de dos subjetividades poseedoras de su propia red de representaciones relacionales internas, contribuye a la creación de un espacio de experiencia nuevo y distinto al de cada uno por separado. Su pensamiento alude a la tensión que existe entre los dos modelos de entender los procesos mentales al interior del psicoanálisis: el intrapsíquico y el intersubjetivo. Destaca que lo importante es la tensión entre estos dos modos de entender, lo que supone la capacidad de mantener una paradoja: lo interno y lo externo, lo subjetivo y lo objetivo no pueden pensarse el uno sin el otro.

En sus planteamientos teóricos Benjamin (1995) enfatiza en la importancia de adquirir la capacidad del “reconocimiento del otro” como un semejante, que no es “mi objeto” sino que es un ser distinto a mi fantasía, que tiene autonomía y busca independizarse. Esto es lo que hace posible tomarlo como un otro con el cual identificarse. La madre sería un modelo más de identificación, promoviendo así el encuentro intersubjetivo y las relaciones de mutualidad más que de complementariedad. Sería la posibilidad de encontrar una afirmación en el cambio y la separación del primer objeto de amor e identificación (Cardó, 2006). La separación con la madre no sólo destacaría las referencias a fijaciones o sentimientos de envidia y hostilidad sino sentimientos positivos en el encuentro con un otro semejante.

Según esta perspectiva, los procesos de separación se facilitarían mediante la aceptación de una “tensión constante entre reconocer las necesidades del otro y la afirmación de mis propias necesidades”, en los cuales la identificación juega un rol central. La madre tanto como sujeto y como objeto está allí para ser usada. Sin embargo, en este punto, la concepción intrapsíquica, se basa en la relación sujeto-objeto en la que el bebé tiene que incorporar el objeto para poder separarse. Para ello es necesario la fantasía de omnipotencia materna. Al estar el bebe unido a la madre omnipotente él también se siente omnipotente. Según esta perspectiva, los procesos de separación se darían mediante la incorporación del objeto, la madre. Pensamos que entender el psicoanálisis desde esta “visión doble” intrapsíquica e intersubjetiva puede aportar a la comprensión de los procesos de separación-individuación durante la adolescencia.

Asimismo señala Benjamin (1995) que lo que impide el reconocimiento de la madre como otro, no es la fantasía de omnipotencia materna sino más bien la fractura de esa tensión entre las necesidades de la madre como objeto y de la madre como sujeto. Cuando la tensión entre la afirmación y el reconocimiento mutuo se vuelve demasiado intensa o se produce una fractura, la psique renuncia a la paradoja, en función del conflicto de los opuestos (Mendoza, 2005). Es decir, se observa la imposición de la propia omnipotencia, o por el contrario, el sometimiento al otro en busca de reconocimiento. El conflicto intrapsíquico del infante se proyecta al campo de la relación, donde un lado es idealizado y otro desvalorizado, donde cada sujeto de la diada está situado en uno de los polos. Se ha producido una fractura, una escisión y el individuo solo puede asumir un aspecto a la vez.

Como sabemos en la adolescencia muchos de los problemas madre-hija se dan cuando hay una ruptura en esta tensión, cuando no hay un reconocimiento del mundo subjetivo del otro (madre o hija) y se la percibe sólo como objeto, sólo desde

un lado de la díada, sometiendo o imponiendo la propia omnipotencia (sea de la madre o de la hija). Si la madre no tolera la agresión o la afirmación de la hija se atrapa en una relación de dominio y control entre una y otra. Específicamente en relación al tema de separación e individuación como logro para el desarrollo encontramos que en nuestro trabajo clínico el sostenimiento de esta tensión entre el reconocimiento del otro y la afirmación de necesidades puede permitirnos superar ciertos resquebrajamiento y perturbaciones que la paciente repite en su patrón de relaciones transferenciales ayudándola a reconstruir un proceso interrumpido, despertar el advenimiento de un sujeto diferenciado y reiniciar su crecimiento.



CAPÍTULO II

Puntualizaciones teóricas sobre la adolescencia en la joven

La adolescencia es una etapa de transición atravesada por la experiencia de cambio, desorientación e impaciencia. Se la considera una estructura psíquica abierta, aludiendo a la apertura y movilidad de funcionamiento que la caracterizan, como lo señala Kristeva (Plazzini, 2006). Predominan en ella dudas e incertidumbres, pero es también un trayecto en el que se abren potencialidades y se despliega la capacidad de transformación.

Distintos especialistas (Abadi, 1996; Blos, 1971, 1983, 1981, 2003; A. Freud, 1980; S. Freud, 1933-32, 1931, 1925, 1920, 1905; M.E. Laufer, 1997; M. Laufer, 1997; Laufer & Laufer, 1984; Meltzer, 1998, etc.) señalan que los procesos de maduración puberal que se dan en el cuerpo, introducen a el/la joven en un trabajo psíquico que se despliega durante la adolescencia, manteniendo siempre su anclaje en lo somático (Green, 1994). Algunos de estos autores, como Blos (1971) desde una perspectiva evolutiva, enfatizan las vicisitudes del desarrollo de las relaciones objetales organizándolas en fases diferenciadas con metas y logros para cada etapa de la adolescencia³. En todo este proceso, el/la joven debe lograr la independencia de los objetos internalizados y de su temprana influencia formativa sobre el Yo y el Super-Yo. De allí que se la denomine el “segundo proceso de individuación”.

Sin embargo, otros autores como Rodulfo (2005) intentan una concepción en la que se prioriza la estructuración subjetiva dejando de lado las clasificaciones más descriptivas y lineales. Se trataría de trabajos o elaboraciones constantes que el adolescente debe realizar para lograr una diferenciación y acceder a formas de organización más complejas y simbólicas, pudiendo así construir una subjetividad. Lo importante es que a partir de estas transformaciones las vivencias infantiles no desaparecen (Levin, 2004) sino que se subsumen en una organización psíquica de mayor complejidad y en constante lucha por una significación de vivencias y experiencias. Para que haya una verdadera transformación y creación subjetiva tiene que reapropiarse de su historia infantil estableciendo nuevas alianzas entre su cuerpo, su mundo relacional, las instancias psíquicas y la realidad.

Para los propósitos de nuestro trabajo vamos a centrarnos en la adolescencia de la joven y en aquellos cambios que contribuyen a la estructuración de una nueva

³ **Blos, P. (1971)** Divide las Fases de la adolescencia en pre-adolescencia, adolescencia temprana, media, tardía y post-adolescencia. No establece rango de edades para cada una.

imagen de sí, de manera especial trataremos los aspectos de separación y conexión en el vínculo con la madre.

2.1 Cambios en el cuerpo: una nueva imagen de sí.

En la pubertad el hecho de tener un cuerpo de hombre o mujer toma un significado más real (M.E. Laufer, 1997). En la niña, la menstruación y el desarrollo de los pechos puede llevarla a reaccionar con mucha ansiedad, debido al esfuerzo que hace en su mente para cambiar la imagen de su cuerpo por la de un cuerpo adulto. Dichos cambios significan poseer un cuerpo sexual adulto igual al de su madre en su capacidad para ser amada, experimentar el deseo activo de ser penetrada por un hombre y dar a luz hijos. Esta circunstancia puede potenciar sentimientos de competencia con la madre que en situaciones en las que el vínculo se ha caracterizado por el abandono o maltrato, la joven puede no querer ser como ella buscando diferenciarse mediante la oposición y la distancia. De otro lado, algunos eventos externos como la muerte de uno de los progenitores, el nacimiento de hermanos, embarazos adolescentes, abortos, etc. pueden también afectar el desarrollo de esta nueva identidad y sus posibilidades de identificación con la madre así como de control de su propio cuerpo sexual.

En general estos cambios en el cuerpo serán vividos con una sensación de un Yo como extraño, no identificado con el propio cuerpo, fragmentado y más bien sede de sufrimientos, temores hipocondríacos y propenso a enfermedades reales o accidentes (Quiroga, 1998). Más adelante, cuando el crecimiento biológico va estabilizándose (adolescencia media) hay una búsqueda de procesamiento psíquico de la representación de este nuevo cuerpo a través de nuevas ligaduras y utilizando el erotismo genital. (Quiroga, 1998). Después del duelo por el cuerpo infantil, se produce una identificación en el Yo con la nueva imagen corporal permitiendo su unificación.

El primer objeto de amor hallado es la imagen del propio cuerpo. Se desea lograr una imagen sobre la cual recaiga la investidura narcisista para “ser hombre” o “ser mujer”. Este deseo de ser se asienta sobre la búsqueda de identificaciones del propio cuerpo con la imagen que uno tiene de sí. En este período (adolescencia media) el incremento de la armonía pulsional (ligadura entre afectos y representaciones) se traduce en el logro de una imagen más armónica y de completud estética. Se trataría entonces, de “un cuerpo que se esfuerza por representarse, no sólo a través de la imagen armónica estética, sino a través de un cuerpo en acción, que escenifica” (Quiroga, 1998, pp. 207).

Si bien la relación con el objeto es ambivalente y todavía presenta incapacidad para la síntesis, se expresan los afectos en un lenguaje dramático que suele estar acompañado de actuaciones. La probable experiencia de iniciación sexual que se empieza a dar desde esta etapa, es un episodio central que resignifica la vivencia de satisfacción (Rodulfo, 2005). La función del orgasmo no sólo será la de descarga sino la posibilidad de una experiencia erótica y de encuentro intersubjetivo; “algo se termina de escribir ahí en cuanto al propio cuerpo” y “algo se resignifica en cuanto a la vivencia de satisfacción” (Rodulfo, 2005, pp. 159). En un sentido freudiano, diríamos que se distingue la categoría simbólica del “no-pene” de la categoría de la “vagina”.

2.2 *El cuerpo sexual adulto y la relación con la madre.*

M.E. Laufer (1997) señala claramente que la adultez saludable de una mujer será la habilidad de estar a cargo de su cuerpo sexual maduro sin ansiedad, culpa o vergüenza, implicando la posibilidad de cuidarlo y protegerlo, de sentirse capaz de dar y recibir placer en una relación sexual estable con un hombre, así como sentirse capaz de cuidar y proteger a un niño dependiente.

Como hemos mencionado este proceso implica una serie de trabajos de elaboración que se expresan como avances y retrocesos normales que deben ser distinguidos de un *quiebre* en el proceso de desarrollo (M. Laufer, 1997). En el caso de la joven los signos de un desarrollo aún incompleto y no exitoso suelen expresarse por ejemplo, en el rechazo que manifiestan a apoyarse en sus madres e insistir en mantener sus cuerpos y sus vidas en secreto frente a ellas. Pareciera como que temieran permitirse ser infantiles y dependientes, siendo su pretendida independencia tan sólo aparente ya que en situaciones más difíciles no se sentirán seguras. En esta lucha por manejar sus temores y sentimientos de soledad en relación al nuevo cuerpo maduro suelen darse experiencias homosexuales que en la adolescencia temprana podemos entender como una búsqueda de exploración y aceptación de sí misma. El significado de dichas experiencias exploratorias cambiará durante la adolescencia tardía, representando más bien, un volver hacia el cuerpo de otra mujer (como si volviera al cuerpo de la madre) en vez de dar un paso más hacia la heterosexualidad. Otra reacción frecuente frente a la asunción del cuerpo sexual es la tendencia a las conductas de promiscuidad. De esta manera transforman el temor a la penetración en una actuación maniaca a través del sexo. Encontramos también tendencia a conductas autodestructivas e intentos de control del cuerpo como vemos en ciertos desórdenes alimenticios, cortes en el cuerpo y consumo de drogas.

2.3 Cambios en el Self: Desidealización de sí y del objeto

Probablemente la tarea evolutiva más difícil y central de la adolescencia es la reestructuración narcisista (Blos, 1983). Conlleva todos los peligros de una regresión y desequilibrio del balance narcisista. Se inaugura con un verse como extraño, sentir un desacomodo, un cierto “desamparo puberal”, como lo denomina Cristina Rother (1989, citada por Rodulfo, 2005) ocasionado por los duelos por dejar de estar protegido por la imagen especular: “Ahora se ve un desconocido allí” (Rodulfo, 2005, pp. 160). Las fuentes externas de constancia de la identidad y de regulación de la autoestima deben ser cambiadas por suministros internos y relaciones objetales de distinto orden. La identidad construida en la niñez junto a los padres sufre un profundo desacomodo que luego pasará a verse como Otro, para lo cual tendrá que dirigirse hacia el campo social, los pares, el grupo. Finalmente terminará en lo que P. Blos en 1971 (citado en Rodulfo, 2005) llamaba consolidación, aludiendo al *verse nuevamente en el Otro*, solo que un Otro más abstracto que el de la primera infancia, referido a ciertos ideales. Estas nuevas relaciones no son reemplazos o simples desplazamientos de las infantiles, sino creaciones nuevas que contienen ciertos elementos de los objetos infantiles.

Si bien en la temprana infancia el primer avance pulsional introdujo al niño en la fase edípica insertándolo en la estructura familiar, la adolescencia como segundo avance pulsional introduce a el/la joven en la cultura (Rother, 2006). Ambos procesos si bien semejantes se diferencian, en que en el primero el niño trata de apropiarse de los modelos identificatorios que los objetos primarios le proponen, mientras que en el segundo, el/la joven debe procurarse sus objetos amorosos y desarrollar capacidades que le permitan superar el antagonismo familia-cultura.

Todo este cambio en las identificaciones implica una desligazón y nueva ligadura libidinal que facilite una representación distinta en el *self*. Es quizá el trabajo más arduo, pues inicialmente trae consigo un retraimiento de la libido que puede manifestarse tanto de forma agitada como silenciosa. Paradójicamente lo que está sucediendo internamente es que este retraimiento implica un regresar a elaborar las tareas infantiles. En la conducta externa se observan comportamientos extraños, a veces anormales. Las oscilaciones son frecuentes y van desde un hambre voraz de objeto hasta la evitación cortante y la retracción emocional; desde una idealización de héroes e ideas hasta un frío cinismo yoico; o desde una autosuficiencia narcisista y arrogancia hasta sentimientos de vergüenza y culpa (Blos, 1983) La omnipotencia narcisista que frecuentemente encontramos nos hace recordar los “delirios de grandeza” (Tubert, 1982) con los que manifiestan una hiperestimación del poder de

sus deseos y actos, así como una sobrevalorización de sus ideas, una creencia en la fuerza mágica de las palabras, y ciertas alteraciones orgánicas, del sueño o preocupaciones hipocondríacas.

Otro punto importante, relacionado con la reestructuración narcisista es el pasaje o transformación del Yo Ideal hacia el Ideal del Yo. En el sentido freudiano (Freud, 1914a), diríamos que se trata de un apartamiento del narcisismo primario que crea al mismo tiempo una intensa tendencia a regresar al mismo: son oscilaciones y progresiones características de este momento de la vida. Se trataría de “matar al niño ideal” (Rodulfo, 2005 pp.159), hacer los duelos por la infancia y acceder a la posibilidad de ingresar al predominio del ideal pero en tanto horizonte abierto de lo que va a ser, o de lo que nunca será del todo. Metapsicológicamente se pasa de una predominancia de la identidad de pensamientos sobre la de percepción.

En el núcleo de esta crisis narcisista está la representación con la muerte (Tubert, 1982). Es esa inmortalidad la que se pretende afirmar a través de los “delirios de grandeza” y las fantasías omnipotentes o mágicas. La imposibilidad de afirmar esta grandeza omnipotente lleva a un sufrimiento narcisista que frecuentemente se expresa en depresiones transitorias. Así el enfrentamiento con la sexualidad y con la muerte se produce de un solo golpe: se renuncia a la bisexualidad, se cuestiona el propio sexo y se acepta la mortalidad.

Es como que el adolescente empieza a percibir que lo que le espera no es la “grandeza” sino tan solo la adultez. Paralelamente a su propio descubrimiento va aceptando que sus padres tan solo son adultos y no seres grandiosos, ello implica una honda y angustiante decepción difícil de perdonar. El ensañamiento que a menudo observamos en la joven contra su madre, tiene que ver con esta dolorosa realidad. La angustia de muerte no está tan vinculada con la desaparición sino con la puesta en cuestión de la posición narcisista, es decir con la aceptación del dolor, la carencia y el pasaje, propios de la condición humana. Esta crisis narcisista afecta también a los padres, quienes tenían un rezago de su narcisismo puesto en el hijo/a. A ellos se les impone también, el reconocimiento del paso del tiempo y de su finitud. Se pone en cuestión una estructura imaginaria que permitía la integridad de la familia para preservarla de la angustia que se deriva de los límites e incertidumbres de la existencia. En palabras de Tubert (1982) diríamos, “Así nos encontramos prisioneros de una paradoja: renunciar a esa imagen primordial es perder las razones para vivir, pero aferrarnos a ella supone condenarnos a no vivir” (pp. 118-119). Luego prosigue: “El niño que cada uno debe matar, simboliza el duelo que hay que hacer y rehacer continuamente, por una representación de plenitud; creo que la estructura adolescente

representa el momento culminante de ese duelo, el enfrentamiento por excelencia con esa paradoja vital” (pp.119).

Por otro lado, esta posición narcisista del adolescente también se refleja en el tipo de elección objetal que efectúa. En un inicio el objeto erótico se escoge conforme a su propia imagen, constituyendo una proyección del *Yo Ideal*. El objeto no es reconocido aún como otro, diferente a sí mismo, sino que representa el propio *Yo Ideal* realizado en el nivel imaginario. Estas pueden ser desde amigas íntimas, parejas homosexuales o elecciones heterosexuales. “La resolución de esta crisis narcisista se produce a través del encuentro con el Otro, es decir, el otro como sujeto simbolizado y por lo tanto diferente a uno, con cuya imagen se va a reconectar la libido” (Tubert, 1982 pp.111). Lo que se pierde en el plano de la satisfacción inmediata y del deseo (asumir la castración) se gana en el plano simbólico del encuentro. “El otro debe ser reconocido como símbolo (como objeto del deseo), para llegar a aceptar *no tenerlo* sino *encontrarlo...*” (pp. 111). Volvemos aquí a los postulados de Benjamin sobre la importancia del reconocimiento del otro como posibilidad de constitución del sí mismo diferenciado. Es a través de la experiencia de mutualidad que se va operando la renuncia a la omnipotencia, el cambio objetal y la reestructuración narcisista. Es decir, se estaría dejando la completud bisexual imaginaria y aceptando la castración simbólica.

La transformación de la autopercepción que este cambio implica se expresa en una intensa angustia y/o a través de distorsiones de la imagen de sí-mismo. Internamente la elección de un otro, es decir un objeto nuevo, implica un cambio de catexis, una sustitución y no un mero desplazamiento. Para que esto se dé es necesario una descatectización en el inconsciente de los objetos incestuosos, denominada “mudanza objetal” (Katan, 1951). Es un proceso tanto intra como intersistémico que permite el abandono de los objetos pre-edípicos y edípicos. No se trata de que externamente las relaciones sean heterosexuales sino que internamente el objeto represente un objeto no incestuoso. El desplazamiento está ligado a la represión mientras que en la sustitución hay algo diferente. Evoca el hundimiento, el sepultamiento (*Untergang*). El incesto no sólo concierne a la madre como objeto sino que concierne al no preservar, no insistir en la matriz madre-niño, verdadero núcleo incestuoso. En este sentido los trabajos de elaboración que se dan durante la adolescencia son decisivos, pues se define si algo va a quedar simplemente en la categoría de lo reprimido (o en categorías peores aún), o si va a sufrir cierto grado de sepultamiento.” (Rodulfo, 2005 pp. 161). En este sentido, la adolescencia cierra un círculo que se inició con la represión originaria, constituyéndose en una operación

fundamental y estructurante. Se pasa de un funcionamiento más cercano a Proceso Primario a uno de Proceso Secundario. Lo que no quiere decir que posteriormente no se den en el *self* procesos de reelaboración permanentemente aludiendo a la circularidad de los procesos psíquicos.

Para apoyar estos cambios internos, externamente se da un pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, es decir al campo social. La importancia de este pasaje no reside en lo descriptivo de la situación sino en la metamorfosis interna que está desplegándose. Lo extrafamiliar deviene en más importante que lo familiar, el campo social funciona como un espacio transicional que facilita el sepultamiento del Edipo. Al respecto Rodolfo (2004) señala que este pasaje hacia lo extrafamiliar se evidencia en la importancia que el grupo de pares toma para el adolescente. Este espacio social le permite construir una categoría intrapsíquica nueva: *nosotros*. No sólo se trata de un vínculo relacional o conductual sino una inscripción simbólica en el aparato psíquico. Es una categoría que falla en las patologías más graves. Permite volver a replantear la problemática de lo especular. La cuestión de ser reconocido por sus pares e incluso ser admirado por ellos es fundamental y tiene un componente infraestructural: en el *nosotros* hay una dimensión de ser reconocido en la alteridad del otro. De la mirada de la madre que lo completaba narcisísticamente se pasa a la mirada, a los ideales y a los modelos sociales. De alguna manera el grupo cumple la función de espejo que cumplía la madre. Al igual que como lo consideraba Benjamin, el *nosotros* aquí no funciona como una especie de pérdida de la diferencia, un fenómeno de masa, sino que es un reconocimiento de la diferencia en el encuentro del otro como tal. Diferenciarse no sería un proceso que hay que hacer *contra* el otro, tomando distancia de él sino algo que se puede hacer *con* el otro. El *nosotros* tiene que ver con un proceso de diferenciación sin necesidad de oponerse. La diferenciación adolescente no habría que tomarla como oposición o rebeldía sino como búsqueda de afirmación del sí-mismo.

2.4 Procesos de separación y conexión en el vínculo madre-hija

Como hemos mencionado, los cambios en el *self* van facilitando la diferenciación y construcción de la identidad del adolescente. Nos preguntamos cuáles son las particularidades de este proceso en la adolescente mujer y cómo se evidencia en el vínculo con la madre. Tomando los aportes de la perspectiva intersubjetiva según la cual los procesos de separación se facilitarían mediante la identificación y aceptación de la “tensión constante entre reconocer al otro y afirmar el sí-mismo” (Benjamin, 1995, pp. 69) no se buscaría alcanzar una separación sino una autonomía y una conexión. Es decir, se trataría de reconocer las necesidades del otro a la vez

que afirmar las propias. La madre tanto como sujeto y como objeto está allí para ser usada. Se enfatiza una visión circular o de ciclo de la vida. Aplicar el modelo masculino a lo femenino o hablar de Complejo de Edipo femenino es engañoso.

Nuevas interpretaciones se proponen para describir los conflictos en la situación triangular, como lo hacen Holtzman & Kulish (2000a, 2000b y 2003) a partir del trabajo de H.P. Foley (1994) y su lectura del mito de Perséfone y su madre (Homero, 2001), planteándolo como una mejor descripción de lo que sucede en la mujer⁴.

El mito representa bellamente tanto el conflicto como la solución de la joven cuando está haciendo su introducción al mundo de los sentimientos sexuales por el padre. Consideran las autoras que trabajar los temas de separación-individuación pero a la luz de la triangulación edípica como lo permite este mito, facilita representar las distintas lealtades y formaciones de compromiso que se dan en la mujer. Es central en el desarrollo femenino esta separación con conexión considerando que lo que está en juego es el compromiso entre la sexualidad y la inocencia, las lealtades hacia cada uno de los padres y los límites entre la infancia y la adultez.

De manera muy particular el mito describe una defensa que ocurre frecuentemente en la adolescencia femenina: la negación de ser agente de su sexualidad y agresión (la furia y rivalidad tampoco aparecen en Perséfone, sólo en Deméter). Se puede argumentar que ambos impulsos son disfrazados e inhibidos al igual que en la situación triangular femenina. Es de esta manera como Holtzman y Kulish (2000b) insisten en la necesidad de considerar el compromiso defensivo en esta etapa tomando los temas de separación que aparecen en la terapia como relaciones objetales triádicas más que diádicas. Una visión lineal del desarrollo considera los temas de separación como conflictos relacionales primarios y no como parte de las pasiones edípicas. De esta manera no se facilita el mostrar la dificultad que suelen tener las adolescentes para asumir que la sexualidad les pertenece a ellas y no a sus

⁴ El mito cuenta la historia de Kore (Perséfone) hija de Deméter y Zeus quien recogiendo flores de la pradera con otras jovencitas se aleja de su madre para arrancar un narciso particularmente bello que había llamado su atención. Repentinamente la tierra se abrió y Hades, dios de la Muerte y del Submundo la raptó. Cuando Kore vuelve a aparecer en el Himno Homérico, ella está con Hades en el Submundo, y ha tomado el nombre de Perséfone. Mientras tanto Deméter ha descendido del Olimpo para buscar a su hija frenéticamente en la tierra. En su furia y dolor, causa hambruna y sequía sobre la tierra. En respuesta a esta catástrofe, Zeus persuade a Hades para que libere a Perséfone. Sin embargo Hades engaña a Perséfone convenciéndola que coma una semilla de granada, quebrando el mandato de no comer en el Submundo. Ahora Perséfone está atada a Hades. Para resolver este conflicto se elabora un compromiso entre los dioses por el cual Perséfone pasaría un tercio del año con Hades y el resto con su madre. Este compromiso es la antigua explicación del origen de las estaciones. El invierno domina cuando Perséfone está lejos de su madre y cuando regresa es primavera y verano, la tierra florece (Holtzman & Kulish, 2003).

madres. “La joven necesita voltear donde la madre, pedirle permiso, guía y apoyo, a pesar que “volverse su madre” es mirado con ambivalencia” (Bernstein, 2004, pp. 615) La adolescente no estaría buscando cómo ser femenina sino como no ser su madre. La pasión y sexualidad suele estar relegada a una parte secreta del *self*. Para manejarlo tienden a compartimentalizar las representaciones intrapsíquicas en un *self* sexual y otro no sexual. Esta compartimentalización primaria es defensiva y se da para mantener el lazo con la madre mientras que se ingresa a una relación erotizada con el padre. Las autoras indican que la compartimentalización psíquica es una típica ocurrencia del desarrollo de las jóvenes y tiene un significado adaptativo. Los distintos temores ante la pérdida y separación se expresan entretnejidos con la unión, no pudiéndose separar artificialmente. El temor a la pérdida del objeto y de su amor usualmente es adjudicado a una etapa pre-edípica, mientras que temor a la castración se considera como edípico. Esta articulación es una diferencia de género importante y se da en las niñas ya que el objeto de deseo y el objeto de cuidado primario coinciden: tiene que separarse y desea juntarse. Podemos esperar una continua revisitación, reexaminación y resintetización de las representaciones *self-con-la-madre* y del *self-versus-la-madre*. Así se va elaborando visiones cada vez más sofisticadas de uno mismo en relación a otros y distinto de otros.

Por su parte, Paula Bernstein (2004), tomando las sugerencias de Holzman y Kulish busca ampliar el tema de la circularidad en el desarrollo para lo cual se basa en los aportes de los investigadores del desarrollo como Daniel Stern. El paradigma de estos investigadores (Stern, 1985) establece que el individuo desde el nacimiento construye activamente el mundo representacional de su *self* y de los otros a partir de las interacciones que establece inicialmente con sus cuidadores primarios y luego con el mundo más amplio. El desarrollo sería interactivo y relacional. Se buscaría una autonomía con conexión. Sería un proceso abierto que continúa a lo largo de toda la vida y en el que las identificaciones con ambos padres están integradas con la sensación de un *self* genérico establecido a partir del sexo asignado.

Stern (1985) llamó la atención sobre el salto cuantitativo que se da entre los 6-9 meses cuando el bebé descubre que tiene una mente y que los demás tienen mentes que están separadas pero que pueden ser comparadas. Hasta ese momento el cuidador había atendido las funciones de auto-regulación, pero aquí es el bebé quien empieza a estar alerta a la empatía entre él y su cuidador, es decir al puente entre su mente y la mente de su madre. Así, el niño se da cuenta que puede influir en el otro y además dirige su rabia y su frustración hacia ese objeto. Desde Stern se asume que la negociación de significados con un otro altamente investido – un proceso semejante

al que rige la terapia analítica – comienza en el primer año de vida. El niño se apoyará en estas señales de su madre para manifestar su propia intensión y para aprender cuando una conducta es segura y autorizada por la madre, así como la forma de escabullirse y esconderse para lograr lo que quiere. La simbiosis, como la postuló Mahler, se daría cuando ha habido una falla en este proceso de construcción del *self*. De esta manera, nos dice Bernstein, “es más útil reconocer que la cercanía fundamental entre madre e hija es multidimensional, de crecimiento del *self* y litigosa desde el principio” (Bernstein, 2004, pp. 608). Este lazo temprano incluye intercomunicaciones primitivas somáticas y afectivas pre-verbales, que son rápidamente elaboradas en representaciones del *self*, del Otro y del *self-con-el-otro*.

Trabajar la transferencia materna, implicará entonces tomar en cuenta esta forma de comunicación y de relación. La ambivalencia hacia la figura materna aparece desde muy temprano y está anclada en esa porción de voluntad de la niña hacia alguien que siente con un intenso poder de frustrarla. Más que temer la fusión, la niña temería ser sobrepasada por el poder de la madre y por la dolorosa agresión que surge en ambas cuando las dos están molestas. La niña buscará la reconciliación más que la unión y aprenderá a negociar sus deseos en el contexto de facilitaciones y restricciones que la guía de su madre le ofrece. El desarrollo de una confianza normal no sería tanto hacia la separación como esperaba Freud (1925) sino hacia la autonomía con conexión. Este sentimiento de conexión no es regresivo sino que es esencial para la formación del Super-Yo y el sentimiento de manejo, que sostiene la autonomía.

2.5 Preocupación y concern por la agresión hacia la madre

El manejo de los impulsos, especialmente la agresión, que siente la niña por las frustraciones ante el control del objeto, va lográndose gradualmente. Contraponiéndose a la afirmación freudiana sobre las mujeres con un Super-Yo más débil, los observadores de infantes muestran que las raíces de la moralidad surgen de estas comunicaciones interpersonales que se dan desde un inicio entre el bebé y su cuidador (Bernstein, 2004). Dichas negociaciones ayudan tanto a una autorregulación interna, como a tener pautas de conductas y a promover una imaginación creativa compartida. Si bien este proceso se da en ambos sexos, las mujeres tienden a ser más sintonizadas socialmente y más involucradas con sus madres. Les preocupa su aprobación antes que el hecho de explorar el mundo. Cambian rápidamente hacia la fase de re-acercamiento (1½ años) hacia la madre aumentando su ansiedad, negativismo e intentos de controlarla. Muestran conductas de querer fusionarse con ella a la vez que la urgencia por separarse. La batalla parece ser más por quién tiene

el control sobre la autonomía de la madre (alejamientos, idas y venidas). Luchan contra la agresión que esto les genera hacia su madre, más que por la diferencia anatómica. El conflicto es de amor y odio hacia un otro muy necesitado. Estas luchas del *self-con-la madre* y el *self-versus.-la-madre* dan origen a las más tempranas imágenes del Super Yo.

A través de formaciones reactivas la niña trata de ser buena, limpia, perfecta y no hostil ni sexual. Si estas luchas contra la madre son muy intensas se establece un vínculo ambivalente que sesga el desarrollo y deja a la niña en un estado de dependencia hostil. Cuando la madre es odiada, la niña puede odiar su propia feminidad. Si la madre es una persona severamente perturbada, muy narcisista, abusiva o psicótica, la lucha con ella pueden llevar a distintos resultados, algunos patológicos y otros sobreadaptativos. Por esta razón, Bernstein enfatiza que en las distintas etapas de cambio debe ser repensado e integrado la idea del *self-con-el-otro* y *self-versus-el-otro* aunque aparezcan como una unidad armónica o sólo como una relación antagónica. A medida que el trabajo avanza aparece la preocupación por sí misma y por la madre. Por lo tanto, sería un trabajo progresivo más que regresivo llevando a una sensación de autonomía y conexión.

En la adolescencia estas formaciones reactivas también aparecen pudiendo así preservar por un lado la cercanía con la madre y por otro esconder la agresión o rivalidad contra ella mientras mantiene las fantasías sexuales edípicas. Es fácil observar como el amor, odio, envidia y competencia entre madre e hija suele alcanzar mayor intensidad durante la pubertad y especialmente con la aparición de la menarquia (Bernstein, 2004), cuando además la madre probablemente se acerca a la menopausia. Es decir, en cada hito del desarrollo madre e hija lucharán nuevamente con la agresión y sexualidad, la rivalidad y los celos. Estos temas pueden ser entendidos como recíprocos y necesarios para crecer.

Tomando los aportes de teóricas feministas, P. Bernstein (2004) considera como característica del desarrollo femenino el tratarse de una “relación de diferenciación”. Señala que si bien Chodorow (1978) considera que las posibilidades para la total auto-realización están comprometidas precisamente por haber sido criadas por sus madres, Gilligan (1982) ve en la naturaleza femenina su fuerza. De esta manera no coincidirían con Freud en la debilidad moral de la mujer. Más bien lo que señalan las representantes de esta línea de pensamiento es que no se trataría de un Super-Yo más débil sino con contenidos distintos. En tanto que la amenaza de castración no es lo central, el núcleo del problema es la individualización frente a la madre. La joven siente que debe monitorear la lucha sin fin por la ambivalencia que

experimenta y que resurge en cada hito del desarrollo, reviviendo ansiedades y culpas por su propia agresión y por el temor a la pérdida del vínculo. La necesidad de la mujer por el amor de su madre se incrementa por la responsabilidad que desarrolla frente a su introyecto materno. Incluso señala Bernstein, que como postula Tyson (1994, en Bernstein, 2004) no debe considerarse la presencia de temas diádicos como indicador de patología severa, sino más bien el funcionamiento del Yo y del Super-Yo. Es decir la capacidad de auto-responsabilidad y preocupación por el otro sería la marca de la estructura neurótica.

2.6 Mutualidad

Por otro lado, es importante considerar lo que sucede en la mente de la madre en estos momentos de separación. Así como es inadecuado infantilizar los temores de la hija por la separación y pérdida, también puede serlo el patologizar las identificaciones conscientes e inconscientes de la madre para con su hija (Bernstein, 2004). Como mencionamos en el capítulo anterior, las experiencias más tempranas madre-bebé están asociadas con una matriz corporal compartida, bien sea que se la denomine *Jorá Semiótica* (Kristeva, 1980), *Experiencias de interioridad* (Irigaray, 1997) o *Matriz sensorial-afectiva* (Alizade, 1991, 1992, 1999), en todos los casos se alude a esos primeros intercambios cuerpo a cuerpo base de la subjetividad y a partir de los cuales se construyen las representaciones básicas que le atribuyen significado a la experiencia.

Es por lo tanto entendible que la experiencia de la madre sobre su hija como un igual influya desde el nacimiento las características de esta relación. No habría otra manera para que esta unión se dé y para la necesaria respuesta empática de parte de la madre. Incluso D. Bernstein llega a señalar que “en el cuerpo de la bebé una madre puede ver el propio pasado de su *self*, ese cuerpo le es conocido y familiar y puede tener una total identificación con él” (Bernstein, 2004). Asimismo, la femineidad en común es transmitida por la madre a la niña en mensajes conscientes e inconscientes, impregnándola desde su nacimiento.

De esta manera los temas de separación y pérdida serán especialmente sensibles – ya mencionamos como Kristeva (1980) llega a considerarlo una violenta *abyección* de aspectos de dependencia - y que tenderá a repetirse en cada cambio del desarrollo. En el embarazo, nacimiento, menarquía, matrimonio, menopausia, envejecimiento y muerte, la “mujer se compara con su madre, a menudo rivalizando, otras con elevada empatía. Se identifica con ella a pesar que ve también diferencias

que la delinear como una mujer propia” (Bernstein, 2004, pp. 617). Esta unidad con su madre la sostiene y la organiza para luego volver a separarse.

En este punto puede ser relevante retomar los aportes de Benjamin (1995) en relación a la experiencia de mutualidad ya que nos permite considerar no sólo la angustia de separación (el otro como objeto) que suele manifestarse en las situaciones de separación, sino el reconocimiento del otro como aspecto central (el otro como sujeto). Esta visión nos abre la posibilidad de mirar las experiencias de separación desde el ángulo de la mutualidad más que de complementariedad, en tanto que enfrenta al niño no solo con la separación sino con las metas independientes del otro. Lo que ha descubierto la investigación sobre la interacción madre-hijo acerca de la reciprocidad temprana y la influencia mutua (Stern, 1985) se puede conceptualizar de mejor manera como el desarrollo de la capacidad para el reconocimiento mutuo.

Por razones análogas, la situación también puede resultar conflictiva para la madre: las necesidades del niño o la niña son sentidas como expresión de una voluntad independiente. Esto representa un golpe al narcisismo materno y cierta desilusión, ya que el niño es un ser diferente al de su fantasía. Por su parte, ella también tiene que abandonar la fantasía de que es perfecta para su hijo. Tiene que aceptar que al contrariar a su hijo en su omnipotencia, lo está ayudando a avanzar en el camino del reconocimiento. Es la madre quien facilita algo más que la tolerancia a la frustración o la constancia del objeto. Ayuda al niño a tener una primera idea de que ella es una persona por derecho propio. Si no establece para el niño una frontera clara o respeta las intenciones y deseos del niño es probable que la madre no aparezca como persona sino como figura todopoderosa, capaz de un control omnipotente, o bien como una figura cuya debilidad absorbe y ahoga. No se trata de descartar la fantasía, el juego o el narcisismo del bebé, sino de reconocer la necesidad de lucha. Así, se amplía la idea de constancia objetal, ya que la madre sería alguien no sólo que sobrevive al ataque agresivo sino que es independiente. De esta manera, el niño obtiene su propia independencia y el placer de la comprensión compartida. La estructura complementaria en la relación madre-hijo no resuelve la omnipotencia, sino que la pasa de uno al otro, se invierten los roles pero no se modifican. La salida es su desmantelamiento; el poder ya no es ya transferido sino disuelto en la mutualidad.

De esta manera – considera Benjamin - se da entre la madre y el niño la creación de un espacio que contiene simbólicamente los sentimientos negativos, de modo que ya no es necesario proyectarlos sobre el objeto, ni volverlos contra sí-mismo (“yo soy destructivo”). La relación puede alternar entre la complementariedad de ser activo y pasivo y la simetría de la identificación recíproca, la mutualidad. Es decir, este

espacio simbólico promueve la dimensión intersubjetiva, concomitante de la comprensión mutua. En el sentido de Winnicott diríamos que se trata de la creación de un espacio de juego *entre* la madre y el niño, posibilitando el desarrollo de las capacidades intrapsíquicas creativas y ya no destructivas. Es este espacio de intercambio creativo o transicional el que deberá recrearse en el espacio analítico con nuestras adolescentes.

2.7 *El amor erótico de la joven por su madre y por su padre*

Fue Freud quien reconoció la bi-temporalidad del desarrollo sexual necesaria para la producción y conservación de la cultura (Freud, 1905) En este sentido, si el desarrollo sexual llegara a su término con la fase edípica infantil, significaría que solamente la experiencia de los primeros años sería decisiva para la vida en sociedad (Rother, 2006). Sin embargo la irrupción de lo puberal flexibiliza las estructuras psíquicas previamente consolidadas en el seno de la familia y genera los presupuestos para una reestructuración de la subjetividad, no restringida exclusivamente a los mandatos parentales. Como hemos mencionado, la adolescencia da una oportunidad para revisar las soluciones que se hallaron en la infancia. Es en este sentido que su proceso proporciona un aporte fundamental a la reedición de la dinámica del Complejo de Edipo.

El rebrotamiento de los deseos eróticos de la joven hacia su padre aparece en fantasías que suelen mantenerse inconscientes, o en silencio y en secreto (Dahl, 1989). En lo manifiesto suelen surgir conductas y fantasías (cuentos, mitos, películas) que parecen estar asociadas con la idea de la *madre bruja* (Dahl, 1989). Si bien son fantasías muy comunes entre las jovencitas, se trata de una expresión de atracción erótica hacia la madre ligada al desarrollo sexual. La "*bruja*", fascinante y terrorífica está asociada con los aspectos hostiles y tenaces de la hija proyectados en la madre. Si bien estos aspectos del vínculo muestran las dificultades de la hija para desprenderse, pueden ser mejor entendidos si se los considera como parte de la configuración edípica. Se trataría - entonces - de fantasías que incluyen el anhelo secreto de excitación por la madre y por su cuerpo. Fantasías que la joven experimenta como en una situación de riesgo, ya que teme ser dejada por su madre por distintos motivos: búsqueda de su propio placer, proyección en la madre de diversos aspectos de su amor que la llevan a verla como envidiosa, hostil, celosa y posesiva, experiencia de la madre como malignamente destructora de sus esfuerzos por obtener placer genital de un objeto erótico ligado a un hombre, oscilación entre el deseo de ser la pareja erótica de la madre y el rechazarla totalmente.

Como lo hemos mencionado, este revoloteo bisexual (Dahl, 1989) es una forma de articular la separación de la madre matizándola con actitudes disfrazadas, como lo observamos en la relación con la mejor amiga o el enamorado. No debemos olvidar que la experiencia primaria íntima con la madre es de donde surgen las primeras manifestaciones sensuales (Kristeva, 1980; Irigaray, 1997; Alizade 1991, 1992, 1999) aunque este lazo erótico con la madre debía de modificarse dejando los impulsos fálicos y habilitando el cambio de objeto (Freud, 1925). Para Paula Bernstein, lo que posibilitaría la diferenciación sexual y separación con la madre, no es tanto el pasaje de lo homosexual y fálico hacia lo heterosexual, sino el poder integrar estos recuerdos sensuales del cuerpo con la madre en su propio placer heterosexual. Dentro de los aspectos del *self*-con-la-madre se incluirían estas representaciones que a su vez, se convertirían en un componente de la excitación sexual. De esta manera las representaciones del objeto materno durante esta etapa reflejaran y caracterizaran tanto los aspectos progresivos (deseos eróticos hacia el padre) como los aspectos regresivos (unión erótica primaria con el cuerpo de la madre) y se mostrarán en fantasías que expresan este complejo de “formaciones de compromiso” que sirven a funciones estructurales múltiples (Dahl, 1995). Por esta razón es que estas fantasías son tan resaltantes en la vida de las mujeres y no necesariamente implican que la mujer abandone el vínculo con la madre. Estas experiencias serán empleadas intrapsíquicamente al servicio de la diferenciación estructural y de la integración del *self*, elaboración que nunca llega a ser completada del todo. Para Dahl (1995) es como si la marca de la organización psíquica femenina residiera en la capacidad de permitirse estas continuas reverberaciones dentro de sí-misma del vínculo con la madre en un continuo diálogo con ella.

Por otro lado, es importante recordar algunos aspectos del vínculo con el padre en la etapa infantil del reaceramiento que pueden aportarnos luces a la comprensión del papel que juega en los procesos de diferenciación de la madre. Como menciona Benjamin (1995) las nuevas perspectivas psicoanalíticas reinterpretan la envidia del pene en la niña subrayando la necesidad que la niña tiene de identificarse con su padre como representante del vínculo con la realidad externa y de la condición de sujeto deseante. Las diferencias entre el padre y la madre comienzan a destacarse para el niño y la niña en esta etapa de reaceramiento, es decir, cuando empieza a reconocer la diferencia genérica y la diferencia genital. Este período no solo involucra la angustia de separación o pérdida de la omnipotencia sino también la lucha por el reconocimiento como ser independiente, por alguien de quien uno depende. La posición de la niña es ambivalente aún por el vínculo de semejanza entre madre e hija,

razón de más para que ella busque un objeto diferente que reconozca su independencia. En los anatómicamente diferentes habría la posibilidad de encontrar similitudes como seres humanos. Cada objeto de amor supone múltiples semejanzas y diferencias, de femenino y masculino. El padre para la niña sería otro similar con el cual reconocerse. Al igual que él, ella puede ser un sujeto deseante.

La identificación por lo tanto, desempeña un papel clave en el amor y el deseo. Es el principal modo en que un niño-a de esta edad puede reconocer la subjetividad de otra persona. En el caso de la niña ella busca en el padre el reconocimiento de su propio deseo. La otredad del padre está asegurada y simbolizada por su otro órgano genital (Benjamin, 1995). En todo caso, el padre de la separación es también un padre erótico y el anhelo del niño-a de ser reconocido en este padre y por él, no es solo defensivo y hostil hacia la madre. “Quienquiera que ocupe esa posición también representará el amor del niño al mundo” (Benjamin, 1995 pp.165)

Nos preguntamos ¿qué repercusiones tendrá esta perspectiva intersubjetiva que enfatiza la multiplicidad de las identificaciones y el papel fundamental del padre en la comprensión de la adolescencia de la mujer? Consideramos que al trascender la visión complementaria de los géneros por esta visión de la multiplicidad de identificaciones forjadas desde los vínculos tempranos, nos aporta categorías más flexibles, múltiples y accesibles (Mantilla, 2006). La adolescencia por sus características peculiares centradas en la diferenciación y en lo paradójico se convierte en el espacio natural - espacio potencial - que facilita la revisión y la reorganización de categorías en esquemas más flexibles, múltiples y accesibles para un *self* más integrado.

CAPÍTULO III

Sobre el Proceso Terapéutico con la adolescente: algunas precisiones técnicas

La teoría en la práctica clínica

Como hemos mencionado en el primer capítulo, el debate científico dentro del psicoanálisis centrado en la importancia de lo pre-edípico amplió las posibilidades de entendimiento de la mujer y la sexualidad femenina. Se podría decir que históricamente se trasladó el foco de interés desde el “padre edípico” como primer representante de la autoridad, hacia la primacía de la relación “madre-bebé”. Sugiere Joan Raphael-Leff (1997) que en la actualidad dicho debate⁵ continúa como un triálogo: kleinianos, freudianos contemporáneos e independientes, mostrando así tolerancia frente a las diferencias teóricas y coincidencia alrededor del tema de investigación: una madre, un padre y un bebé.

En el plano de la discusión teórica observamos que la valoración clásica de la independencia y autonomía es re-enmarcada dentro del nuevo paradigma de las relaciones objetales que le adjudica importancia a las relaciones pre-edípicas y a su interdependencia a lo largo de la vida. Si bien el intercambio teórico permitió que todas las escuelas se fertilizaran, las diferencias estuvieron en el énfasis que se puso a la naturaleza diádica de la realidad intrapsíquica. Así el recién nacido sea visto como indiferenciado, simbióticamente fusionado o enganchado en proyecciones, el tema común es la evolución de la individualidad, la salida de la intersubjetividad diádica y la introyección de la presencia metabolizadora y contenedora de la madre, o de un otro, así como su capacidad de *rêverie* (Raphael-Leff, 1997).

No debemos olvidar tampoco que la importancia adjudicada a lo materno no excluye la relevancia de la presencia del padre. En los años más recientes y especialmente debido a las investigaciones en neonatos y a los estudios sobre vínculo, el padre es visto no sólo como protector de la díada o representante de la cultura, interdictor entre la madre y el niño⁶ sino como un figura primaria y pre-edípica por derecho propio, discriminada por el bebé desde muy temprano como la cuarta semana de nacido (Raphael-Leff, 1997). Este lugar diferenciado del padre en la mente de la madre también había sido destacado por diversos investigadores como Kristeva

⁵ Si bien se refiriere especialmente a lo sucedido en la Sociedad Psicoanalítica Británica, podemos tomarlo como una referencia para el resto de Sociedades

⁶ Como lo mencionó Lacan en los años 60 (Breen; 1993)

(1980, 1987) y Benjamin (1995) entre otros, como ya lo hemos mencionado (capítulo I).

Podemos imaginar cómo este privilegio del *cuidado maternal primario* trajo consigo también modificaciones considerables en la técnica y en la visión del proceso terapéutico (Raphael-Leff, 1997). Estas enfatizan tanto la separación y los límites (freudianos contemporáneos), como la relevancia de lo intrapsíquico (kleinianos), o bien la preponderancia del intercambio relacional bi-direccional (independientes)

Los efectos del género del analista en la transferencia

Nuestro trabajo como psicoanalistas implica estar constantemente en contacto con las dificultades inherentes a la expresión de las fantasías inconscientes y de las representaciones del *self* y del deseo. Por lo tanto, también prestamos atención a las metáforas culturales y a las implicancias tácitas sobre la psique y el soma que moldean y sesgan sus posibles significados. Es en este sentido que Raphael-Leff (1997) subraya la influencia que ejerce sobre el analista la idiosincrasia particular de cada paciente que se manifiesta en su manera de presentarse, su tono de voz, sus silencios, sus particulares connotaciones semánticas tanto como sus comunicaciones no-verbales, sus representaciones sobre la sexualidad, su cuerpo y su género. De otro lado, el analista es también un ser delineado culturalmente, sesgado por su inconsciente e imposibilitado de alcanzar una total neutralidad ideal y aséptica. De allí que esta autora termine preguntándose si se puede considerar al analista “tan solo un médium o un participante sexuado” (pp.9).

Asimismo, el planteamiento técnico freudiano sobre la centralidad de la *asociación libre*, de parte del paciente y su contraparte en el analista, *la atención libre y flotante*, establece con su vinculación que la experiencia analítica se basa en una *relación* en la que el intercambio está marcado por una ambigua simetría: en el paciente la transferencia y en el analista la contratransferencia (Raphael-Leff, 1997). Es decir ambos sujetos están expuestos a sus propios inconscientes, pero es el manejo de la contratransferencia por parte del analista la herramienta de mayor utilidad en el análisis. Incluso podemos decir que el entendimiento de ésta se ha vuelto para muchos analistas el área principal de trabajo desde la cual se deriva la comprensión de los estados afectivos en la sesión (Perelberg, 1997). Este giro ha marcado un cambio en términos del énfasis puesto en la cualidad emocional de la experiencia.

De manera similar, la idea de que la situación analítica reproduce el *vínculo primitivo* madre-infante ha sido trabajada por diversos autores, sea resaltando la

importancia de lo empático (Kohut, 1971), del reflejo (Winnicott, 1958), de lo facilitador (Mahler, 1975), la contención (Bion, 1967), la capacidad de mentalización (Fonagy, 1966a, 1996b), etcétera. De distintas maneras se da cuenta de la función del ambiente materno re-actualizado en la situación analítica. Es decir, se ha ido enfatizando la conexión entre desarrollo afectivo primario y relaciones objetales (Perelberg, 1997). Para Raphael-Leff, no debe sorprendernos entonces, que los temas de género tiendan a aparecer en primer plano en aquellos que trabajan con un marco teórico de Relaciones Objetales, ya que le otorgan prioridad al intercambio intersubjetivo y a los procesos dialécticos originados en el encuentro íntimo entre individuos sexuados.

Para los objetivos de nuestro trabajo, nos interesa investigar la especificidad de la relación terapéutica entre una analista mujer y una joven adolescente. Si bien recientemente en las investigaciones hay una cierta incidencia en los temas de género en el vínculo terapéutico, mayormente están focalizados en pacientes con dificultades de identidad de género⁷. Sin embargo, analistas como Mc Dougall en 1986 y Bernstein en 1984 y 1991 (citadas por Raphael-Leff, 1997) han llegado a puntualizar ciertas tendencias en la contratransferencia en el vínculo analítico entre mujeres (no refiriéndose específicamente a adolescentes). Ellas mencionan la sobreidentificación y la sobreprotección maternal, así como también la defensa de la analista contra la homosexualidad, la transferencia paterna, la competitividad y la regresión prolongada. Adicionalmente se señala la tendencia a la inhibición del material sexual y la presencia de puntos ciegos en relación con la cercanía/distancia con el objeto materno y la sexualización en la transferencia. En esta misma línea se mencionan los aportes que Chodorow realizara en 1989 (citada por Rafael-Leff, 1997) sobre las reverberaciones en el *self*⁸ las cuales estarían también perfiladas culturalmente. De esta manera considera que tradicionalmente las analistas han tendido a escindir las interpretaciones de género en públicas/teóricas por un lado y domésticas/personales por otro. Otro modo de escisión habría sido el enfatizar tres caras de la feminidad: maternidad, erotismo y desarrollo intelectual/profesional. Podemos ver cómo estos tres aspectos de la feminidad son puestos sobre relieve en las defensas/resistencias mencionadas que suelen aparecer en la contratransferencia en este vínculo dual. La sobreidentificación y sobreprotección como expresión del énfasis en los aspectos maternos; la negación del erotismo como manifestación de las dificultades frente al manejo del Edipo Negativo y la tendencia a la sobrevaloración de lo

⁷ Estamos entendiendo "Cross-Gender Issues" como "Dificultades de Identidad de Género"

⁸ Estamos entendiendo "self-reflection" como "reverberaciones en el Self" (Op. Cit. pp.10)

intelectual/profesional como posible negación de aspectos de competencia y rivalidad en el vínculo entre mujeres.

En las últimas décadas se han realizado distintos estudios que son la expresión de esfuerzos en el interior del pensamiento psicoanalítico por trabajar el tema anteriormente mencionado. Algunos de ellos presentan casos clínicos en los que observamos la reiteración de cuestionamientos en relación con el vínculo entre una analista mujer y una paciente mujer, en esta oportunidad algunos casos sí se refieren a mujeres adolescentes. En ellos son una constante la evocación de la transferencia materna primitiva y la tendencia a regresiones profundas. Así por ejemplo Raphael-Leff (1997) muestra como las analistas experimentan *resonancias contratransferenciales* que brotan de un sensorio corporal común, de imágenes primarias compartidas, así como también representaciones psicosexuales polífonas entretreídas o contradictorias (pp10). Estas coincidencias nos hacen recordar los aportes ya mencionados de Kristeva (1980), Irigaray (1997) y Alizade (1991, 1992 y 1999) sobre la *matriz corporal* compartida en las experiencias más tempranas madre-bebé y los primeros intercambios cuerpo a cuerpo como base de la subjetividad y a partir de las cuales se construyen las primeras representaciones que le atribuyen significado a la experiencia. Serían entonces, estas conceptualizaciones teóricas las que vemos aparecer en el ámbito transferencial-contratransferencial.

Si bien una de las hipótesis principales de Perelberg (1997) es que la relación terapéutica entre paciente/analista mujer puede ayudar a la re-actualización de los aspectos de la relación temprana entre la madre y el infante, sin embargo, nos advierte que no debemos pretender que se trata de una “replicación” en el sentido de un presente isomórfico con el pasado, en tanto que con el tiempo se dan cambios en el significado y las funciones de los conflictos a partir de las experiencias que van viviéndose.

Lo que han considerado estos distintos trabajos es que el análisis de una paciente con una analista mujer si bien facilita una identificación con la imago materna primitiva y puede explorarse más vívidamente en la transferencia, también su intensidad puede llevar a impasses ya que el “como-si” necesario para la alianza terapéutica se pierde y la paciente tiende a vivirlo como una fusión real con la madre (Perelberg, 1997). Coincidiendo con esta apreciación Kulish y Holtzman (2003) mencionan tanto una serie de efectos benéficos de esta díada pero también incluyen aspectos negativos que pueden presentarse. Subrayan la importancia de reconsiderar los cambios actuales en la manera de entender el desarrollo femenino y sobre todo los temas de *separación*. Como en otros artículos (Kulish & Holtzman 2000, 2003), estas

autoras vuelven a insistir en la importancia de considerar los temas de separación madre-hija a la luz de la triangulación edípica, tomando en cuenta que considerarlos exclusivamente como pre-edípicos los transforma en un punto ciego en el vínculo perdiéndose efectividad en el *insight* y el cambio. Señalan también que volver a trabajar estos temas puede oscurecer otros, como son la tendencia en las analistas mujeres a olvidar o malinterpretar la transferencia edípica y/o paternal. De otro lado, tienden a responder defensivamente a la competencia y a la envidia hacia su paciente mujer y se resisten a ser vistas como rivales edípicas maternas. Frecuentemente se vuelven demasiado fusionadas o sobre-identificadas con sus pacientes; se vuelven “muy maternas”. Otra “trampa” que suele presentarse es cuando paciente y analista se coluden en idealizar la “transferencia materna buena”, generalmente erotizada. La imagen de la “madre mala” es escindida y desplazada sobre una persona fuera del consultorio, sea hombre o mujer (generalmente el esposo o la pareja).

Como lo menciona D. Bernstein en 1991 (citado en Kulish y Holtzman, 2003) entre los peligros en esta diada mujer-mujer en el análisis está la fantasía de “*nosotras lo vamos a hacer mejor*” (pp.566). Así la analista puede terminar forzando una poderosa regresión presumiblemente al servicio del desarrollo, cuando en realidad se trata de una resistencia. El insistir en lo “mala” que fue la madre original puede estar escondiendo la amenaza de sentimientos eróticos y amorosos hacia la madre que tanto paciente como analista temen. Distintos autores mencionan que Mc. Dougall en 1986 (Kulish y Holtzman; 2003; Raphael-Leff, 1997) es una de las pocas analistas que da un ejemplo de este tema describiendo su contratransferencia como una “*sordera*” (Kulish y Holtzman; op cit. pp. 567) hacia los elementos homosexuales revividos en la transferencia del Edipo negativo.

Como ya hemos mencionado (capítulo II) se considera que esta transferencia frecuentemente enmascara los sentimientos eróticos con el padre que suelen aparecer en la fantasía de la *madre bruja* (Dahl, 1989). Se entiende esta fantasía como expresión de deseos edípicos que incluyen aspectos secretos tanto de excitación hacia la madre y su cuerpo como de proyección de los aspectos hostiles y envidiosos. La madre es experimentada como maligna y peligrosamente destructiva si descubre su elección objetal erótica con un hombre, representante del padre.

En general existe mucha bibliografía (Kulish y Holtzman, 2003) explicando la tendencia a dirigir/instruir a las pacientes, poniendo en peligro la posibilidad analítica y actuando en función de una agenda personal y valores propios. La dificultad estriba en *darle permiso* - explícita o implícitamente - a la paciente para competir, ganar, y disfrutar (Person, 1983). Este aspecto también fue subrayado por Rodolfo (2004) en

relación con el rol de los padres como acompañantes de los caminos paradójicos de sus hijos adolescentes y que por extensión creemos importante considerarlo en la técnica con adolescentes. Asimismo, consideramos que el trabajo de la analista con la adolescente sería darse cuenta si esta competencia está al servicio del desarrollo de su independencia y diferenciación y por lo tanto permitirle en el vínculo, o si se trata de una repetición de aspectos regresivos al servicio de la resistencia frente a temas de triangulación edípica. Se trataría de poder diferenciar qué rol está siendo “obligada” la analista a jugar en la transferencia, bien sea como madre/padre analítico. Asimismo, se menciona como riesgo de la díada mujer-mujer en el vínculo analítico la sobreidentificación con la paciente, proyectando la hostilidad o el resentimiento en un personaje exterior, en vez de analizarla. Es interesante considerar la observación de Bernardez en 1987 (citado en Kulish y Holtzman, 2003) sobre los estereotipos compartidos y los roles sociales sobre el género que operan silenciosamente e influyen generando actitudes inconsciente y prejuicios en las analistas hacia sus pacientes. Los denomina “contratransferencia cultural” y considera que si bien estrictamente hablando pueden no ser clasificados como contratransferencia sí influyen poderosamente en el proceso y son importantes de examinar.

La clínica que estudia estos aspectos de la subjetividad del analista y su género, considera que en el caso de las analistas mujeres con pacientes mujeres suelen describirse más transferencias correspondientes con temas de oralidad temprana y menos frecuentemente reconocen material edípico, como sí lo hacen los hombres. Estos suelen ser más sensibles a temas de competitividad edípica, especialmente con pacientes hombres. El objetivo en estos casos, sería poder aceptar el deseo de el/la paciente sin seducción ni prohibición.

3.3 La relación terapéutica analista mujer/adolescente mujer

Es sumamente interesante la propuesta de Ogden de 1987 (en Burch, 1996) sobre la *relación edípica transicional* en el desarrollo femenino y que Burch (1996) toma para sugerir una ruta alternativa que no represente una posición regresiva frente al trabajo de la homosexualidad femenina. Ogden sugiere que la hija emerge de una relación diádica hacia una triádica que incluye un otro, a través del uso de la madre como *objeto transicional*, como *Otro potencial*. Manteniendo la comprensión Winnicottiana sobre la naturaleza paradójica del desarrollo, visualiza la relación madre-hija como una en la que ambas están participando de dos relaciones simultáneas: el vínculo antiguo que perdura mientras uno nuevo, más diferenciado aparece. La madre y la hija tienen una especie de romance “como-sí”, es decir una transición lúdica hacia un tercero, con la madre convirtiéndose en un sustituto de aquel otro que

eventualmente reclamará el amor de su hija. Para Ogden *no hay ningún factor que señale una fijación del género del tercero* (pp.476). Es decir, la madre, o la analista en este caso, podrán servir como transición hacia cualquier otro vínculo, mujeres y hombres. El éxito de la analista mujer en jugar su rol femenino dependerá de su facilidad para intercambiar identificaciones de femenino a masculino, si es que quiere ser mediadora en la heterosexualidad de su paciente, al igual que lo fue la madre. Es decir, debe estar cómoda y permitirse el “*interjuego dialéctico*” entre sus identidades (pp.477). Desde esta visión la identidad de género es asumida de manera más fluida y variada que lo que tradicionalmente se reconoce, dejando de patologizar la variación en la expresión del género y de fomentar una rigidez en las identificaciones. Estas tan solo llevan a polarizaciones en el rol de género o al reforzamiento de estructuras defensivas y falsas.

3.4 La imagen del cuerpo sexuado de la adolescente en el vínculo terapéutico

Uno de los temas que más hemos abordado en relación con el desarrollo adolescente es el de la adquisición de la imagen de un cuerpo sexuado y sus implicancias en la construcción del *self*. De manera especial nos interesa discutir cómo se presenta este cambio en el vínculo terapéutico y especialmente sus manifestaciones en la transferencia edípica.

Al respecto M.E. Laufer (1997) da una serie de recomendaciones muy puntuales respecto a la técnica. Considera que el/la adolescente está demasiado preocupado por una angustia presente, relacionada con los cambios recientes de su cuerpo. Más que preocuparle su pasado infantil le interesa manejar este nuevo cuerpo, esta nueva imagen. Esta imagen corporal sexual y sus distorsiones se expresarán en las relaciones objetales presentes. Por ejemplo, mostrará una ausencia de relaciones sexuales o tal vez, una presencia de relaciones perversas, etc. El análisis deberá permitirle revivir en la transferencia la crisis que tuvo lugar en la pubertad al enfrentarse al cambio corporal. La función de reconstrucción analítica será la de poner a el/la joven en contacto con sus afectos ante estos cambios y a través de la transferencia/contratransferencia ayudarlo a comprender qué ocurrió en esa crisis y por qué tomó esa forma determinada. La transferencia le permitirá reconstruir la fantasía nuclear adolescente y activarla en su vida sexual.

Podemos imaginar la resonancia contratransferencial que se vivirá en el vínculo dual mujer-mujer con una paciente adolescente, al estar presente tanto ese “sensorio corporal común”, propio del vínculo pre-edípico y a la vez toda la intensidad de la erotización edípica propia de la relación con la madre. Es por este motivo que Person

(1985) nos advierte que estos aspectos en la transferencia suelen presentarse más bien como rivalidad y proyección de los aspectos eróticos fuera de la terapia. Asimismo, señala que en algunos casos las pacientes manifiestan que buscan un *modelo de rol* en su analista. Explícitamente buscan una mujer competente y fuerte con la cual identificarse positivamente. Satisfacer esta demanda implicaría una cura transferencial que dejaría sin analizar elementos más complejos de su identidad. Se pregunta Person por qué tendría la analista que cumplir ese rol y sugiere que más bien se trataría de ayudar a la paciente a buscar sus modelos identificatorios en la realidad externa a través de la desidealización de la imagen que le adjudica a la analista y la elaboración de los temas de competencia, envidia, rivalidad y homosexualidad. La dificultad en re-actualizar estos afectos en el vínculo estriba en que en el caso de esta diada el mismo objeto de gratificación y nutrición es el objeto de odio y competencia. Como hemos mencionado (pp.35), el ingrediente activo no sólo sería la identificación sino el *permiso* que le da la terapeuta para revivir el rechazo materno en la transferencia.

Por otro lado, es también importante mencionar cómo la lucha por alejarse y separarse de sus madres, aspecto nuclear de este vínculo, incluye síntomas corporales (anorexias, colitis ulcerosas, vértigo, asma, eczemas o estados de ansiedad como insomnio y molestias gástricas). Al respecto Perelberg (1997) subraya que estos síntomas representan un intento de tener un cuerpo y un sentido del *self* separado de sus madres. Es decir, mostrarían un aspecto de la relación con ella que no ha sido adecuadamente internalizado: la madre como protectora contra las propias fantasías destructivas del infante. Para esta autora, estos síntomas representarían una solución frente al conflicto entre el “anhelo por” y el “temor a” la fusión con la madre. Serían intentos de atacar pensamientos, sentimientos y deseos, que por definición ocurren en la mente a través del cuerpo. Ya hemos mencionado la importancia del vínculo temprano con la madre (Alizade, 1991, 1992, 1999; Breen, 1983; Irigaray, 1997; Kristeva, 1980), su relevancia como primer objeto narcisístico y fundador del amor por el propio cuerpo y por la autoimagen que se vivencia en la relación de espejo con ella.

La importancia del aporte de M. E. Laufer (1997) radica en destacar cómo la identificación con el cuerpo de la madre durante la infancia funda la futura relación consigo misma como mujer sexual. Será aquello que debe ser revivido en la transferencia con la adolescente para permitirle reconstruir su fantasía nuclear adolescente y activarla en su vida sexual.

Si bien muchos analistas como Glover, Greenacre y Chasseguet-Smirguel, entre otros (Perelberg, 1997) consideran que el sexo del analista no tiene mayor influencia en el desarrollo del análisis, ya que la bisexualidad debe ser posible en la situación transferencial (tanto la feminidad como la masculinidad del analista) para la expresión de la sexualidad del paciente, desde Freud (1920) se ha señalado que el género del analista tiene relevancia.

Al respecto Kulish (1984, citado en Perelberg, 1997) ha señalado que aislar un aspecto como el sexo del analista, de un fenómeno complejo multideterminado como la transferencia es correr un riesgo de distorsión y superficialidad (pp.26). De igual manera, Perelberg (1997) sostiene la importancia de diferenciar si se trata de un proceso “activo” de parte del analista o de algo inconsciente, ligado a representaciones del género que residen preformadas en la mente de cada analista y que inevitablemente colorean nuestra visión de los pacientes. Asimismo, se considera que el sexo de la analista puede afectar la “secuencia” de la emergencia del material, siendo las analistas mujeres más predispuestas al material pre-edípico en la transferencia. Esta autora prefiere considerar que la presencia de una analista mujer facilita la fantasía denominada por Chasseguet-Smirguel en 1986: “complejo edípico arcaico”. Es decir, ese universo sensorial sin límites claros, representado por la interioridad de la madre, hacia el que uno tiene acceso libre. Se alude a la repetición en la transferencia de los primeros intercambios cuerpo a cuerpo con la madre base de la construcción de la subjetividad (Alizade, 1999, 1992,1991; Irigaray, 1997; Kristeva, 1980).

3.5 Del continente materno al espacio compartido

Llegado a este punto quisiéramos desarrollar una característica más del tratamiento adolescente. Como hemos descrito (capítulo II) debido al incremento de los impulsos sobre el Yo se da una regresión en la capacidad simbólica que se manifiesta en una reducción del pensamiento abstracto y una mayor cantidad de descarga en *acting-out*. Sin embargo, creemos que debemos interpretar el *acting-out* adolescente de una manera muy cuidadosa y considerarlo muchas veces como una *forma de comunicación* y un mecanismo protector de la integración del *self*. Como lo menciona Anastasopoulos (1988) la falta de habilidad para integrar y digerir las experiencias dolorosas, causa una regresión parcial que afecta la formación simbólica. Esta regresión de lo depresivo a lo esquizo-paranoide promueve la escisión y la dificultad para formar símbolos, dando lugar a la formación de protosímbolos (símbolos concretos y somáticos), aunque algunas áreas permanezcan intactas y con capacidad para el pensamiento abstracto. Visto de esta manera, el *acting-out* tiene una función

de desarrollo paralela a las fases de desarrollo del pensamiento simbólico, e incluso algunos autores prefieren denominarla *actuación* (Goijman, 1988) otorgándole una connotación positiva a esta forma de comunicación adolescente.

Como si se tratara de una forma de aprendizaje a través del ensayo-error en la *actuación*, más que en el pensamiento, el/la joven irá distinguiendo entre fantasía y realidad. Tendrá una función de soporte y preparación que le permitirá mantenerse integrado. Es el ambiente el que le concede esta licencia, o *moratoria psicosocial* (Erickson, 1966) que en la terapia se manifiesta a través de la creación de un espacio de contención y requiere una participación especial del analista. El espacio externo le permitirá ir creando las condiciones para el despliegue de un espacio mental. Se trataría de una *puesta en escena* (Goijman, 1988) de un fragmento de su vida psíquica que no puede ser convocado por medio de asociaciones verbales. Así como el juego es central en la infancia como tentativa de dominio de las experiencias vividas y de aprehensión de significados, en la adolescencia las *historias* (de contenido edípico, erótico, etcétera) y las *actuaciones* mostrarán fragmentos de deseos reprimidos, experiencias traumáticas o mitos personales. La transferencia estará más cerca de obtener un enlace a palabras y significaciones que operan esta modificación estructural, esta posibilidad de subjetivización. Como hemos mencionado se trataría de la creación de un *espacio de juego* que a la manera del vínculo madre-bebé de la infancia, posibilita el desarrollo de capacidades intrapsíquicas creativas y la transformación de los aspectos negativos y destructivos.

Rodolfo (2005) menciona que el espacio terapéutico con un/una adolescente es el espacio de *multiplicación de las paradojas*, que pone repetidamente a prueba la aptitud del analista para acompañarlo/la. Más que *darle* algo y que el/la adolescente *reciba*, se trataría de *acompañarlo, de sostener y tolerar las paradojas* (pp.133). No se trata de adoctrinarlo con interpretaciones que solo refuerzan una complementariedad fálica. Se trata de acompañarlo en el camino de sus paradojas, en las que por un lado se vuelve desafiante y por otro dependiente; por un lado, reprocha lo viejo y caduco, por otro se torna moralista frente a la sexualidad de sus padres; por un lado demanda cercanía, por otro se margina buscando sentirse real; por un lado se vuelve transgresor, por otro muestra un manejo dogmático y omnipotente de sus creencias como si fueran certezas. Asimismo, sus relaciones son gobernadas por demandas que *tienen* que ser satisfechas, ya que de lo contrario se sienten ajenos, sin pertenencia. Una última paradoja que suele presentarse se refiere a la utilización de defensas maníacas frente al dolor y la pérdida tendiendo a la negación y la desmentida. En este sentido es que considera Rodolfo (2005), que debemos *despatologizar estas*

reacciones paradójales y considerarlas que cumplen una función estructurante mucho más amplia (pp. 136).

Nos advierte también este autor que esto no quiere decir que se deba “comprender demasiado”, asumiendo una actitud pasiva, sino más bien confrontar al adolescente mediante una *presencia viva*. Se trataría de construir algo *entre*, designando así lo transicional, la zona de juego. Se trata de un *holding*, en el sentido de ofrecer un lugar, un nuevo objeto y mantenerlo en el tiempo.

Finalmente, es Jessica Benjamin quien en un artículo reciente sobre técnica (2007) nos hace pensar en un aspecto central del vínculo analítico. Se refiere a los momentos de quiebre y restablecimiento de la conexión empática como parte del proceso mediante el cual paciente y analista encuentran un ritmo de acomodación mutua. Al igual que lo sucedido en el vínculo primario, estas disociaciones (en el sentido de destrucciones y sobrevivencias, rupturas y reparaciones) del conocimiento especular deben considerarse un problema intrínseco al trabajo analítico y no un fracaso. Explica Benjamín que en tanto las emociones perturbadoras aparecen como *enactments* (op. cit. pp. 6) más que como simbolizaciones, analista y paciente entran en un proceso de disociación mutua. Frente a estas formas de comunicación, la escucha del analista tenderá a variar tratando de restablecer la conexión. La denomina “*tercero primordia*” y la considera una escucha basada en la empatía y sintonía, como se dio en la experiencia temprana de intercambio rítmico o musical de gestos entre el cuidador y el bebé. Esta escucha se alternará con otra más elaborada basada en la narrativa y que denomina “*tercero simbólico*”. Recordamos aquí los planteamientos sobre la *Jorá Semiótica*, las *experiencias de interioridad* o la *matriz sensorial-afectiva* conformadas por fuerzas pulsionales en movimiento placentero, continuo pero a la vez reglamentado, en la que fue constituyéndose los primeros significados (Kristeva, 1980; Alizade, 1999, 92,91; Irigaray 1988 y Montrelay, 1980). Estas primeras experiencias de intercambio con otro, a través de su capacidad de contención, favorecen la inscripción psíquica de la plenitud en la experiencia fusional que, articulada con formas de comunicación simbólica y verbal, se repite en el vínculo analítico. Su alternancia y articulación es considerada aquí como fundamental para la construcción de una narrativa común de la experiencia que permita desarrollar el proceso de *reconocimiento mutuo*. Es aquí donde se establece el espacio intersubjetivo, se fortalecen las diferencias, se afirman las identificaciones y se desarrolla la capacidad de estar en desacuerdo sin romper los lazos de comunión. Esta es una visión alternativa que promueve la separación con conexión a través de la contención. Podemos imaginar la importancia de la tolerancia de las fracturas y del

restablecimiento de la conexión en el sostenimiento del vínculo paradójico entre una analista y su paciente adolescente mujer, ambas reconociéndose, ambas cercanas y a la vez distintas.



CAPÍTULO IV

Reflexiones finales acerca del reconocimiento en el vínculo y el espacio compartido

Nuestro interés en este trabajo ha sido integrar temas de teoría de la técnica referidos al vínculo transferencial entre la analista-mujer y la paciente adolescente-mujer a la luz de los aportes del psicoanálisis contemporáneo. De manera especial nos centramos en los aspectos de separación con conexión considerándolos centrales en la estructuración de la individuación femenina. Para ello tomamos las propuestas vigentes sobre la construcción de la subjetividad en la mujer, buscando el sentido de los debates centrales planteados a lo largo de la historia. Hemos recogido algunas de las objeciones hechas a Freud y que generaron las conocidas controversias en la historia de este pensamiento, y asumimos su visión bifocal o tensión mente/cuerpo para entender la estructuración del psiquismo, dualidad que intentamos mantener en los distintos enfoques epistemológicos que hemos ido tomando en nuestro trabajo. Esta perspectiva sitúa el estudio dentro de sus componentes básicos: la dependencia pulsión-objeto en una matriz relacional; considera además la importancia del vínculo afectivo y relacional para la construcción de la subjetividad y su repercusión en el campo clínico.

Al tratarse nuestro estudio de una etapa específica del ciclo vital, como la adolescencia, tomamos algunos aportes de teóricos y clínicos que consideran esta fase del desarrollo como una estructura psíquica abierta con movilidad paradójica que posibilita cambios y transformaciones intrapsíquicas para la estructuración de un *self* flexible, integrado y siempre anclado en lo somático.

De manera particular tomamos los aportes de la Escuela Intersubjetiva en la comprensión del trabajo clínico. Específicamente relevamos la visión intrapsíquica e intersubjetiva que Benjamin propone. Nos apoyamos en sus reflexiones sobre los procesos de separación-individuación al introducir la concepción de *circularidad* como alternativa a la visión lineal del desarrollo, que busca alcanzar la autonomía reconociendo las necesidades del otro y afirmando al mismo tiempo las propias. En esta línea de entendimiento, la madre es vista como sujeto y objeto para ser usada a favor de la individuación. La separación no sería algo que lograr sino una oscilación permanente entre un *self-con-la madre* y un *self-versus-la madre*, coexistiendo integradamente.

En nuestro trabajo clínico encontramos que específicamente en relación con el tema de separación e individuación, el sostenimiento de esta tensión entre el

reconocimiento del otro y la afirmación de necesidades puede permitirnos superar resquebrajamientos y perturbaciones que la paciente repite en su patrón de relaciones transferenciales ayudándola de este modo a reconstruir un proceso interrumpido, despertar el advenimiento de un sujeto diferenciado y reiniciar su crecimiento. Diferenciarse no sería un proceso que hay que hacer *contra* el otro, tomando distancia de él sino algo que se puede hacer *con* el otro. El *nosotros* (categoría intrapsíquica estructurante durante la adolescencia) puede ser usado en el vínculo analítico. Permite replantear una relación especular estructurante, ser reconocido en la alteridad de vínculo analítico, como búsqueda de afirmación del sí-mismo. Es la posibilidad de reconocimiento de la diferencia en el encuentro del otro como tal.

Particularmente en el caso del vínculo analítico entre una analista y una adolescente nos ha interesado subrayar los aportes de Holtzman y Kulish (2000b) quienes insisten en la necesidad de considerar los temas de separación que aparecen en la terapia como relaciones objetales triádicas más que diádicas. No necesariamente se trataría de fantasías regresivas y pre-edípicas sino parte de la experiencia de triangulación y desarrollo. En este punto una visión lineal del desarrollo tiende a considerar los temas de separación como conflictos relacionales más primarios y no como parte de las pasiones edípicas. La pasión y sexualidad suelen estar relegadas a un ámbito secreto del *self*. Para manejarlas se tiende a compartimentalizar las representaciones intrapsíquicas en un *self* sexual y otro no sexual. Esta compartimentalización primaria es defensiva y se da para mantener el lazo con la madre mientras que se ingresa a una relación erotizada con el padre. Las fantasías conscientes e inconscientes mostrarán este complejo de “formaciones de compromiso” que sirven a funciones estructurales múltiples (Dahl, 1995). Por esta razón es que estas fantasías son tan resaltantes en la vida de las mujeres y no necesariamente implican que la mujer abandone el vínculo con la madre. Estas experiencias serán empleadas intrapsíquicamente al servicio de la diferenciación estructural y de la integración del *self*, elaboración que nunca llega a ser completada del todo. Incluso Dahl (1995) afirma que es como si la marca de la organización psíquica femenina residiera en la capacidad de permitirse estas continuas reverberaciones - dentro de sí misma - del vínculo con la madre como en un continuo diálogo con ella.

De esta manera los distintos temores ante la pérdida y separación son vistos aquí como entrelazados con la unión, y no se pueden separar artificialmente. El temor a la pérdida del objeto y de su amor usualmente es adjudicado a una etapa pre-edípica, mientras que el temor a la castración se considera como edípico. Esta articulación es

una diferencia de género importante y se da en las niñas ya que el objeto de deseo y el objeto de cuidado primario coinciden: tiene que separarse y desea juntarse. La continua revisitación, reexaminación y resintetización de las representaciones *self-con-la-madre* y del *self-versus-la-madre* va permitiendo elaboraciones cada vez más sofisticadas de uno mismo en relación con otros y distinto de otros. De esta manera puede resultar más útil reconocer que la cercanía fundamental entre madre e hija es multidimensional, de crecimiento del *self* y litigosa desde el principio (Bernstein, 2004). El conflicto es de amor y odio hacia un otro muy necesitado.

Trabajar la transferencia materna implicará entonces tomar en cuenta esta forma de comunicación y de relación. La ambivalencia hacia la figura materna aparece desde muy temprano en el desarrollo. Más que temer la fusión, la niña temería ser sobrepasada por el poder de la madre y por la dolorosa agresión que surge en ambas cuando las dos están molestas. La niña buscará la reconciliación más que la unión, y aprenderá a negociar sus deseos en el contexto de facilitaciones y restricciones que la guía de su madre le ofrece.

Por otro lado, es importante considerar lo que sucede en la mente de la madre en estos momentos de separación. Los aportes de Benjamin (1995) nos permitieron mirar esta experiencia desde el ángulo de la *mutualidad* más que de la *complementariedad*, ya que enfrenta al niño con las metas independientes del otro. El poder y la omnipotencia ya no es transferido de uno a otro sino disuelto. Esta paradoja del reconocimiento no se resuelve sino que subsiste como una tensión entre la autoafirmación y el reconocimiento.

Asimismo, esta perspectiva intersubjetiva nos facilitó enfatizar el papel del padre como central en el proceso de diferenciación. En los anatómicamente diferentes habría la posibilidad de encontrar similitudes como seres humanos. Cada objeto de amor supone múltiples semejanzas y diferencias, de femenino y masculino. El padre para la niña sería otro similar con el cual reconocerse. Al igual que él, ella puede ser un sujeto deseante. La *identificación* por lo tanto, desempeña un papel clave en el amor y el deseo. Consideramos que trascender la visión complementaria de los géneros por esta visión de la *multiplicidad de identificaciones* forjadas desde los vínculos tempranos, nos aporta categorías más flexibles, múltiples y accesibles (Mantilla; 2006). La adolescencia por sus características peculiares centradas en la diferenciación y en lo paradójal se convierte en el espacio natural -espacio potencial- que facilita la revisión y la reorganización de categorías en esquemas más flexibles, múltiples y accesibles para un *self* más integrado.

En tanto que nuestra investigación buscó la aplicación teórica en la práctica clínica, podemos imaginar cómo este privilegio del *cuidado maternal primario* en el pensamiento psicoanalítico trajo consigo modificaciones considerables en la técnica y en la visión del proceso terapéutico (Raphael-Leff, 1997), las mismas que enfatizarán tanto la separación y los límites (freudianos contemporáneos), como la relevancia de lo intrapsíquico (kleinianos), o bien la preponderancia del intercambio relacional bidireccional (independientes). Asimismo, el vínculo analítico estudiado trataba sujetos del mismo género, por lo que prestamos atención a las metáforas culturales y a la influencia que ejerce sobre la analista la idiosincrasia particular de cada paciente y que se manifiesta en su manera de presentarse, su tono de voz, sus silencios, sus particulares connotaciones semánticas tanto como sus comunicaciones no-verbales, sus representaciones sobre la sexualidad, su cuerpo y su género. De otro lado, la analista es también uno ser delineado culturalmente, sesgado por su inconsciente e imposibilitado de alcanzar una total neutralidad. Es decir, ambos sujetos están expuestos a sus propios inconscientes, pero es el manejo de la contratransferencia por parte del analista la herramienta de mayor utilidad en el análisis. No debe sorprendernos que estos temas tiendan a aparecer en primer plano en aquellos que trabajan con un marco teórico de Relaciones Objetales, ya que le otorgan prioridad al intercambio intersubjetivo y a los procesos dialécticos originados en el encuentro íntimo entre individuos sexuados.

Es importante considerar las dificultades en el manejo transferencial que se presentarán en el vínculo dual entre una analista y su paciente, una joven adolescente, debido a la particularidad de tratarse de dos mentes y cuerpos semejantes reviviendo aspectos de maternidad primaria, intensificada por el incremento pulsional del cambio en el cuerpo sexual. Asimismo si consideramos la naturaleza paradójica del desarrollo y la mutualidad en la experiencia podemos pensar la relación analista-paciente (reedición del vínculo madre-hija) como dos relaciones simultáneas: el vínculo antiguo (dual) que perdura, mientras que uno nuevo más diferenciado (triádico) aparece.

Para terminar, quisiéramos resaltar algunas características propias del vínculo transferencial en la díada analista/adolescente, mujeres ambas, así como ciertas recomendaciones sugeridas por los especialistas mencionados:

- El vínculo analítico entre analista y paciente del mismo género facilita una identificación con la imago materna primitiva y puede explorarse más vívidamente en la transferencia. Su intensidad puede llevar a impasses ya que el “como-si” necesario para la alianza terapéutica se pierde y la paciente tiende a vivirlo como una fusión real

con la madre (Perelberg, 1997). Coincidiendo con esta apreciación Kulish y Holtzman (Holtzman & Kulish 2000b, Kulish & Holtzman, 2003) subrayan la importancia de reconsiderar los temas de *separación* y analizarlos a la luz de la triangulación edípica, evitando tomarlos exclusivamente como pre-edípicos, ya que pueden convertirse en un punto ciego perdiéndose efectividad en el *insight* y el cambio.

- En la analista podemos observar una sobreidentificación y sobreprotección maternal, así como también defensas contra la homosexualidad, la transferencia paterna, la competitividad y la regresión prolongada. La sobreidentificación y sobreprotección suelen ser expresión del énfasis en los aspectos maternos; la negación del erotismo, de las dificultades frente al manejo del Edipo negativo y la tendencia a la sobrevaloración de lo intelectual/profesional, una posible negación de aspectos de competencia y rivalidad en el vínculo entre mujeres.

- Muchas veces se idealiza el vínculo o la imagen de la analista, escindiendo los aspectos hostiles y el resentimiento, que son proyectados fuera del vínculo en vez de ser analizados. Puede existir la fantasía de “nosotras lo vamos a hacer mejor”. Es interesante considerar la observación de Bernardez (1987, citado en Kulish y Holtzman, 2003) sobre los estereotipos compartidos y los roles sociales sobre el género que operan silenciosamente e influyen generando actitudes inconscientes y prejuicios en las analistas hacia sus pacientes. Las denomina “contratransferencia cultural”.

- Person (1985) nos advierte que estos aspectos en la transferencia suelen presentarse como una búsqueda de las pacientes de un *modelo de rol* en su analista. Explícitamente buscan una mujer competente y fuerte con la cual identificarse positivamente. Nos advierte esta autora que satisfacer esta demanda implicaría una cura transferencial que dejaría sin analizar elementos complejos de su identidad. Sugiere que se trataría de ayudar a la paciente a buscar sus modelos identificatorios en la realidad externa a través de la desidealización de la imagen que le adjudica a la analista y la elaboración de los temas de competencia, envidia, rivalidad y homosexualidad.

- En relación con la adquisición del nuevo cuerpo sexual, es interesante destacar las observaciones de M.E. Laufer (1997) sobre la relevancia de revivir en la transferencia la crisis que tuvo lugar en la pubertad al enfrentarse al cambio corporal. La función de reconstrucción analítica será la de poner a la joven en contacto con sus afectos ante estos cambios y a través de la transferencia/contratransferencia ayudarla a comprender qué ocurrió en esa crisis y por qué tomó esa forma determinada.

- En algunos casos, se podrá encontrar que en la lucha por alejarse y separarse de sus madres muchas veces se incluyen síntomas corporales. Perelberg (1997) subraya que estos síntomas representan un intento de tener un cuerpo y un sentido del *self* separado de ellas. Es decir, mostrarían un aspecto de la relación con la madre que no ha sido adecuadamente internalizado: la madre como protectora contra las propias fantasías destructivas de la hija. Estos síntomas representarían una solución frente al conflicto entre el “anhelo por” y el “temor a” la fusión con la madre. Serían intentos de atacar pensamientos, sentimientos y deseos, que por definición ocurren en la mente a través del cuerpo. Entre otros síntomas, suelen encontrarse anorexias, colitis ulcerosas, vértigo, asma, eczemas o estados de ansiedad como insomnio y molestias gástricas.

- En cuanto a la técnica específica frente al manejo de la transferencia, Rodolfo (2005) subraya la importancia de *despatologizar las reacciones paradójales y considerarlas que cumplen una función estructurante mucho más amplia* (pp.136). Más que *darle* algo y que el/la adolescente *reciba*, se trataría de *acompañarlo, de sostener y tolerar las paradojas* (pp.133). Se trataría de una *puesta en escena* (Goijman, 1988) de un fragmento de su vida psíquica que no puede ser convocado por medio de asociaciones verbales. La transferencia estará más cerca de obtener un enlace a palabras y significaciones que operan esta modificación estructural, esta posibilidad de subjetivización. Pensemos aquí en las características mencionadas que tomarán en el vínculo analítico, analista/adolescente mujeres, la revivencia en la transferencia de la crisis puberal frente al cambio corporal y la relevancia de la función de reconstrucción analítica. Se trataría entonces de facilitar en la transferencia la representación de este cuerpo no sólo a través de una imagen armónica y estética, sino a través de un cuerpo en acción, que escenifica pero que se esfuerza por representarse.

- Consideramos que en el vínculo terapéutico con la adolescente tendrá que replicar el espacio de mutualidad y reconocimiento necesario para la individuación, permitiéndole una alternancia entre los sentimientos de amor y odio, actividad-pasividad y masculinidad-feminidad que faciliten la integración del *self*. Parafraseando a Ogden, diríamos que el éxito de la analista mujer en jugar su rol femenino dependerá de su facilidad para intercambiar identificaciones de femenino a masculino, si es que quiere ser mediadora en la heterosexualidad de su paciente. Es decir, debe estar cómoda y permitirse el “*interjuego dialéctico*” entre sus identidades (en Burch, pp.477).

- La posibilidad de vivir en la relación transferencial estas alternancias de roles e identificaciones favorece la mutualidad en el reconocimiento del otro y el establecimiento de la diferenciación de uno mismo. En el sentido de Winnicott se

facilitaría también la creación de un *espacio de juego entre* paciente y analista, creativo y transicional. La implementación de la analista de aspectos de su contratransferencia ligados con sus propias dificultades de separación en su vínculo con su madre, así como sus dificultades de renuncia al narcisismo omnipotente durante su adolescencia y tal vez como madre, facilitan la experiencia de reconocimiento del otro adolescente en este momento de desarrollo.

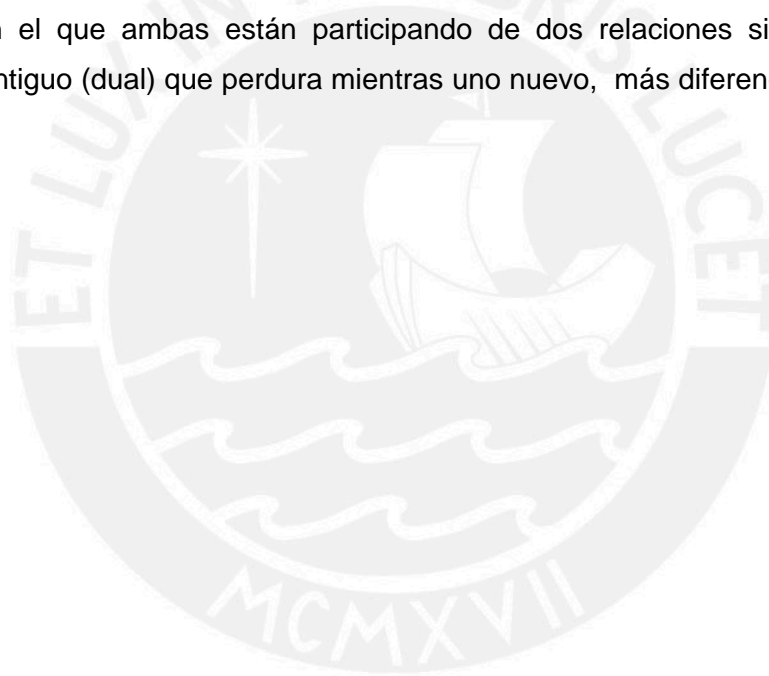
Una vez más volvemos a la importancia de enfatizar la multiplicidad de identificaciones y la experiencia de mutualidad mencionadas por la perspectiva intersubjetiva. Al trascender la visión de la complementariedad de los géneros por el de la multiplicidad de identificaciones forjada desde los vínculos más tempranos, se subraya la importancia de la re-actualización de estos aspectos en la adolescencia. Etapa que además, por sus características de cambio y movimientos paradójales, se beneficia con esta comprensión del desarrollo y facilita la construcción de una identidad genérica más fluida y flexible. Así se van elaborando visiones cada vez más sofisticadas de uno mismo en relación con otros y distinto de otros.

Finalmente consideramos que este trabajo podría llevarnos a preguntas sobre las manifestaciones sociales de los adolescentes que están cambiando en la sociedad peruana como son la utilización de los medios de comunicación (*Internet, Messenger*, celulares, etcétera), modas (*piercing, tatuajes*), horarios (inversión de horarios, extensión de los mismos), lugares (discotecas y bares de Asia), actividades (“previos”), entre otros, y que movilizan de distinta manera a los adultos, en este caso la analista.

CONCLUSIONES

- La visión circular de los procesos de separación-conexión en la adolescente facilita la afirmación sí misma a la vez que el reconocimiento del otro. Se aspira a la coexistencia integrada de un *self-con-la madre* y un *self-versus-la madre* en una oscilación permanente. En el vínculo analítico analista-mujer / paciente adolescente-mujer el sostenimiento de esta tensión permite superar resquebrajamientos y perturbaciones que la joven repite en la transferencia. Se replantea una relación especular estructurante facilitando la posibilidad de ser reconocida en la alteridad del vínculo analítico.
- La elaboración de la transferencia materna en esta diada se facilita si se consideran los temas de separación como relaciones objetales triádicas, edípicas y no solo regresivas y diádicas. El vínculo madre-hija es multidimensional y ambivalente desde el principio. Las representaciones del *self* sexual y no sexual se manifiestan mediante formaciones de compromiso y son constantemente revisitadas y resintetizadas.
- La consideración del género y su respectiva influencia en la transferencia analista/paciente mujer puede incidir en una sobreidentificación y sobreprotección maternal; en defensas contra la homosexualidad, la transferencia paterna, la competitividad y la regresión prolongada. Asimismo, pueden escindirse los aspectos hostiles y el resentimiento, proyectarlos en el afuera e idealizar el vínculo en vez de analizarlo. La capacidad de la analista para tolerar la multiplicidad de identificaciones y la alternancia de roles entre masculino/femenino en la transferencia facilita la revisión y la reorganización del *self* en una identidad más flexible, múltiple e integrada. Es decir, la analista debe permitirse el “*interjuego dialéctico*” entre sus identidades.
- En cuanto a la técnica específica frente al manejo de la transferencia, suscribimos la importancia de despatologizar las reacciones paradójicas, considerarlas que cumplen una función estructurante y acompañar a la joven en la puesta en escena de fragmentos de su vida psíquica que no pueden ser convocados por medio de asociaciones verbales. Se presentarán quiebres y restablecimientos de la conexión empática cuya alternancia y articulación se da entre formas de escucha basadas en la empatía y sintonización y otras más elaboradas y simbólicas. De esta manera se va construyendo un ritmo de acomodación mutua y una narrativa común que facilita el establecimiento del espacio intersubjetivo.

- Es particularmente importante considerar la revivencia en la transferencia de la crisis puberal frente al cambio corporal. Se tratará de facilitar la representación de este cuerpo no sólo a través de una imagen armónica estética sino a través de un cuerpo en acción, que escenifica y se esfuerza por representarse. La reconstrucción analítica buscará poner a la joven en contacto con sus afectos ante estos cambios y ayudarla a comprender qué ocurrió en esa crisis y por qué tomó esa forma determinada.
- El vínculo terapéutico con la adolescente replicará la mutualidad y el reconocimiento; será un espacio de juego entre paciente y analista, creativo y transicional que alternará entre sentimientos de amor/odio; actividad/pasividad y masculinidad/feminidad. De esta manera se reeditarán el vínculo madre-hija en uno nuevo en el que ambas están participando de dos relaciones simultáneas, un vínculo antiguo (dual) que perdura mientras uno nuevo, más diferenciado (triádico) aparece.



Referencias

- Abadi, S. (1996). *Transiciones*. Buenos Aires: Lurren.
- Anastasopoulos, D. (1988) Actuación en la adolescencia en términos de regresión en la formación de símbolos. En: *International Journal of Psychoanalysis*; 15: 177
- Alizade, A. (1991). *El final del complejo de Edipo en la mujer (de la duplicidad a la individuación)*, [En línea]. Recuperado el 9 de Febrero 2006 de: <http://www.psicomundo.com/foros/genero/Edipo.html>.
- Alizade, A (1992a). *Las series ecuacionales simbólicas en el devenir de una mujer*. Conferencia del 30vo Symposium de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Congreso Interno "50 años creando con Freud en APA. Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Alizade, A. (1992b). *La sensualidad femenina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Alizade, A. (1999). El sustrato sensual-afectivo y la estructuración psíquica. *Sensualidad y afectos*. En: *Revista de Psicoanálisis*, LVI(3), pp. 579-590
- Benjamin, J. (1995). *Sujetos iguales, objetos de amor. Ensayo sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (1998) Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (2007). Escuchando Juntos: Aspectos Intersubjetivos de pérdida y recuperación del reconocimiento en el proceso psicoanalítico. En: *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 24(1), pp. 6-18.
- Bernstein, P. (2004). Mothers and daughters from today's psychoanalytic perspective. *Psychoanalytic Inquiry*, 24(5), pp. 601-628. Recuperado el 30 de junio de 2007, de ProQuest Journals database.
- Bion, W.R. (1967) *Second Thoughts*. Londres: William Heinemann Medical Books Ltd.
- Blos, P. (1971). *Psicoanálisis de la Adolescencia*. México: Editorial Joaquín Mortiz.
- Blos, P. (1983). La contribución del psicoanálisis a la psicoterapia de adolescentes. En: *Adolescentes: Temas Psicoanalíticos* (pp.43-66). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Blos, P. (2003). *La transición adolescente*. Buenos Aires: Amorrortu (versión original, 1979)
- Blos, P. (2003) *Los comienzos de la adolescencia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Breen, D. (1993). *The Gender Conundrum. Contemporary Psychoanalytic Perspectives on Femininity and Masculinity*. (pp. 1-39). Londres: Routledge
- Burch, B. (1996). Between Women. The mother-daughter romance and homoerotic transference in psychotherapy. En: *Psychoanalytic Psychology* 1, pp.475-494.
- Cahill (2005): His brain, her brain [El cerebro de él, el cerebro de ella]. En: *Scientific American*, 292 (5): pp. 40-47.
- Cardó, M. (2006). *La relación primaria con la madre y la feminidad: A propósito del mito de Deméter y Perséfone*. Tesis para optar el grado de Magíster en Estudios Teóricos de Psicoanálisis. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Chasseguet-Smirguel, J. (1959). Freud and female sexuality. En: *International Journal of Psychoanalysis*.57, 275-87.
- Chasseguet-Smirguel, J. (1999). *La sexualidad femenina*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Chodorow, N. (1978). *The reproduction of mothering*. California: University of California Press.
- Chodorow, N. (1999). *El poder de los sentimientos*. Buenos Aires: Paidós.
- Dahl, E. (1989). Daughters and mothers—Oedipal aspects of the witch-mother. En: *Psychoanalytic Study of the Child* 44, pp. 267-280.
- Dahl, E. (1995). Daughters and mothers: aspects of the representational world during adolescence. *Psychoanalytic Study of the Child* 50, pp. 187-204.
- Erickson, E. (1976) *Infancia y Sociedad*. Argentina: Hormés.

- Fonagy, Peter. (1996a) Jugando con la realidad – I. Teoría de la mente y el desarrollo normal de la realidad psíquica. Libro Anual de Psicoanálisis. 1996: tomo XII, p. 11-26.
- Fonagy, Peter (1996b). Jugando con la realidad – II. El desarrollo de la realidad psíquica desde una perspectiva teórica.1 Libro Anual de Psicoanálisis. 1996: tomo XII, p. 65-85.
- Freud, A. (1980). *El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1905). Tres Ensayos para una Teoría Sexual. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 4, pp. 1169-1237). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1908) Teorías sexuales infantiles. EN: L. López-Ballesteros y de Toddos (Traduc.), *obras Completas: Sigmund Freud* (vol. IV, pp1262-1271). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1914a) Introducción al Naricisimo En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 6, pp. 2017-2033). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1914b) Historia del Movimiento Psicoanalítico. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 5, pp.1895-1930). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1920) Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 8, pp.2545-2561). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 8, pp. 2896-2903). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1931). Sobre la Feminidad. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 8, pp. 3077-3089). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1933-32). La feminidad. En: L. López-Ballesteros y de Torres (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 8, pp. 3164-3178). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Furman, E. (1996). On motherhood. En: *Journal of the American Psychoanalytical Association* 44 (Supp.), pp. 429-447.
- Gilligan, C. (1982). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Goijman, L. (1988) Asociación libre, juego y actuación en el Psicoanálisis del Adolescente. En: *APA Tomo 45, No. 6, pp.1241-1254*
- Green, A. (1994). Punto de vista del psicoanálisis con niños y adolescentes. En: *Psicoanálisis con niños y adolescentes*, 4, 74-89.
- Holtzman, D. & Kulish, N. (2000a). Perséfone, la pérdida de la virginidad y el complejo de Edipo femenino. En: *Libro Anual de Psicoanálisis*. 14, 59-73. (Original en inglés, 1998).
- Holtzman, D. & Kulish, N. (2000b). The feminization of the female Oedipal complex, Part I. A reconsideration of the significance of separation issues. *Journal of the American Psychoanalytical Association* 48 (4), 1413-1437.
- Holtzman, D. & Kulish, N. (2003). The feminization of the female oedipal complex. Part II: Agression Reconsidered. *Journal of the American Psychoanalytical Association* 51, 1127-1151.
- Homero (2001) *Himnos Homéricos*. Traducción de Dora Bazán de Devoto. Lima: PUCP; Editorial Desa.
- Horney, K. (1924) On the genesis of the castration complex in woman. En: *International Journal of Psychoanalysis*, V, pp.50-65
- Horney, K. (1976) *Psicología Femenina*. Buenos Aires, Editorial Psique.
- Irigaray, L. (1988). *Woman Analyze Woman*, Editoras: E.H. Baruch y L.J. Serrano. New York; New York University Press.

- Jones, E. (1927) El Desarrollo Temprano de la Sexualidad Femenina. En: *Psicoanálisis y Sexualidad Femenina*. Buenos Aires; Ed. Hormé
- Katan, A. (1951). The role of "Displacement" in agoraphobia. En: *International Journal of Psychoanalysis*, 32:41, pp. 32-41
- Klein, M. (1930). La importancia de la formación de los símbolos en el desarrollo del Yo. En: H. Friedenthal. et.al. (Traduc.) *Obras Completas*. (vol. 1, pp. 224-237). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Klein, M. (1945) El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas. En: H. Friedenthal. et.al (Traduc.). *Obras Completas*. (vol. 1, pp. 372-421). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Klein, M. (1957). Envidia y Gratiitud. En: H. Friedenthal. et.al. (Traduc.) *Obras Completas*. (vol. 3, pp. 181-240). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Kleeman (1976). Freud's views on early female sexuality in the Light of direct child observation. En: *Journal of the American Psychoanalytic Association*. 24:3-29
- Kohut, H. (1971) Análisis del Self. Argentina: Editorial Amorrortu
- Kristeva, J. (1980). *Desire in Language. A semiotic approach to literature and art*. Nueva York: Columbia Press.
- Kristeva, J. (1988) *Los poderes de la perversión*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Kristeva, J. (1997) *El Sol Negro. Depresión y melancolía*. Caracas: Monte Avila.
- Kristeva, J. (2000) *El genio femenino 2. Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Kulish, D.& Holtzman, N. (2003) Countertransference and the female triangular situation En: *International Journal of Psychoanalysis* 84(3), pp. 563-577.
- Levin de Said, A. (2004). *El sostén del ser*. Buenos Aires: Paidós.
- Laufer, M. E. (1997). Interferencias en la mudanza de la adolescencia a la adultez: el desarrollo de la mujer. En: *Adolescent Breakdown and Beyond*. Londres: Karnac Books.
- Laufer, M. (1997). *Adolescent Breakdown and Beyond*. Londres: Karnac Books.
- Laufer, M. & Laufer, M. E (1984). *Adolescence and developmental breakdown*. Londres: Yale University Press.
- Mahler, M. (1975) *El nacimiento Psicológico del infante humano. Simbiosis e individuación*. Buenos Aires; Marymar ediciones.
- Meltzer, D. y Harris, M. (1998). *Adolescentes*. Buenos Aires: Spatia editorial.
- Mantilla, C. (2006) Sobre Benjamin. Trabajo personal no publicado. Post Grado de Filosofía. Lima:PUCP
- Mendoza, J. (2005) Trazos hacia el dibujo de la subjetividad femenina: De Winnicott a Benjamin. En: *La Maternidad y sus vicisitudes hoy*. Editoras: C.R. Zelaya, J. Mendoza y E. Soto de Dupuy. Lima; Fondo Editorial Sidea. Publicado en 2006.
- Monserrat, J. (2001) Engramas neuronales y teoría de la mente. En: *Pensamiento, Revista de información e investigación filosófica*, 57(218), pp. 177-211.
- Montrelay, M. (1990) Inquiry into Femininity. En: *Essential papers on The Psychology of Women; Editado por Claudia Zanardi; New York; New York University Press*.
- Nemirovsky, C. (2007). Psicoanálisis relacional e intersubjetivo. En: *Winnicott y Kohut, Nuevas Perspectivas en Psicoanálisis, Psicoterapia y Psiquiatría*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Perelberg R. (1997).The Primitive tie to the mother and its manifestations in the transference and countertransference. En: *J. Raphael-Leff y R. Perelberg. Female Experience*. Londres:Routledge.
- Person, E. y Ovesey, L. (1983). Psychoanalytic Theories of Gender Identity. En: Person, E. (Ed.) (1999). *The Sexual Century*. Nueva York: Yale University.
- Person, E. (1985) The Erotic Transference in Women and Men: Differences and Consequences. En: *The Sexual Century*. Nueva York: Yale University.
- Palazzini, L. (2006) Movilidad, encierros, errancias: avatares del devenir adolescente. En: M. Rother Horstein (Comp.) *Adolescencias: trayectorias turbulentas. Parte II: La turbulencia: tránsito hacia la complejidad*. Buenos Aires: Paidós.

- Stoller, R. (1976a). Primary Femininity. En: *Journal of the American Psychoanalytical Association*, 24 (suppl.): 59-78
- Stoller, R. (1976b). *Perversion: The erotic form of hatred*. Inglaterra: The Harvester Press Limited.
- Quiroga, S.E. (1998). *Adolescencia: Del Goce Orgánico al hallazgo del Objeto*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Raphael-Leff, J. (1997). *Female Experience*. Londres: Routledge.
- Riviere, J. (1967). La feminidad como mascarada. En: *Psicoanálisis y Desviaciones sexuales*. Buenos Aires: Ed. Hormé.
- Rodulfo, R. (2004). *El psicoanálisis de nuevo*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Rodulfo, R. (2005). *Estudios clínicos. Del significativo al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodulfo, R. (2006). Vida, no vida, muerte: dejando la niñez. Preludio y fuga en Tres voces. En: M. Rother Horstein (Comp.), *Adolescencias: trayectorias turbulentas* (pp.99-116). Buenos Aires: Paidós.
- Rother Horstein, M. (2006). Entre desencantos, apremios e ilusiones: barajar y dar de nuevo. En: *Adolescencias: trayectorias turbulentas* (pp.117-136). Buenos Aires: Paidós.
- Stern, D. (1985). *El Mundo Interpersonal del Infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Tubert, S. (1982). *La muerte y lo imaginario en la adolescencia*. Madrid: Saltés.
- Tubert, S. (1988). *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Madrid: El Arquero.
- Welldon, E. (1988). *Madre, madona, puta. La idealización y denigración de la maternidad*. Madrid: Siglo XXI
- Welldon, E. (1994). *Sexualidad y prejuicio*. Lima: Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Winnicott, D.W. (1956). Fragmentos concernientes a algunas variedades de confusión clínica. En: *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1958). *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona: Laia.